

## La danza, mitote, tocotín o máscara de la prisión de Moctezuma: resumen estilizado de la conquista de México (siglos XVI-XVIII)

MIGUEL ZUGASTI

### La danza ritual en México (siglo XVI)

CUENTA BERNAL DÍAZ del Castillo en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* que, al visitar los primeros españoles –con el permiso de Moctezuma– el Templo Mayor, pudieron ver que los mexicas tenían en lo alto “un atambor muy grande en demasía, que cuando le tañían, el sonido dél era tan triste y de tal manera como dicen estrumento de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía”<sup>1</sup>. Más adelante indica cómo el tañer del atambor estaba conectado con las danzas rituales o sacrificiales:

Y tornó a sonar el atambor muy doloroso del Huichilobos, y otros muchos caracoles y cornetas y otras como trompas, y todo el sonido de ellas espantable. Y mirábamos al alto cu en donde los tañían: vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar. Y desque ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos; y desque habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras algo delgadas que tenían hechas para sacrificar y con unos navajones de pedernal los aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrescían a los ídolos que allí

---

1 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. XCII, p. 336.

presentes tenían, y los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo. Y estaban aguardando abajo otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies y las caras desollaban<sup>2</sup>.

Y poco después añade:

Y diré y declararé por qué he dicho en todas estas guerras mexicanas, cuando nos mataron a nuestros compañeros, “lleváronlos”, y no digo “matáronlos”. Y la causa es esta: porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar a los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas porque no se defendiesen y vivos los llevaban a sacrificar a sus ídolos, y aun primero les hacían bailar delante del Huichilobos, que era su ídolo de guerra<sup>3</sup>.

De la trascendencia que tuvieron las danzas rituales en la cultura azteca no hay la menor duda, pues hasta los conquistadores españoles se dieron cuenta de ello en los primeros instantes. El propio Bernal nos habla “de la gran cantidad que tenía el gran Montezuma de bailadores y danzadores e otros que traen un palo con los pies y de otros que vuelan cuando bailan por alto y de otros que parecen como matachines, y estos eran para dalle placer. Digo que tenía un barrio destos, que no entendían en otra cosa”<sup>4</sup>. Diego Durán afirma que “era este patio tan grande que en un areito se juntaban en él ocho u diez mil hombres”<sup>5</sup>, dato que Acosta –con la intermediación de Tovar– repite al pie de la letra: el patio del Templo Mayor era “tan grande y espacioso que se juntaban a danzar o bailar en él –en rueda alrededor, como lo usaban en aquel reino– sin estorbo ninguno ocho o diez mil hombres, que parece cosa increíble”<sup>6</sup>.

2 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CLII, p. 647.

3 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CLVI, p. 686.

4 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. XCI, p. 328.

5 Durán, *Libro de los ritos*, cap. II, p. 126.

6 Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, lib. V, cap. 13, p. 169.



Imágenes 1, 2 y 3: Christoph Weiditz, *Die Trachtenbuch* (h. 1529), pp. 6, 8 y 9.  
Danza del palo.

Uno de los episodios más penosos y cruentos de la conquista de Tenochtitlán fue la llamada matanza del Templo Mayor, ordenada por Pedro de Alvarado en ausencia de Hernán Cortés. Se aprovechó de que los mexicas celebraban sus fiestas y danzas del último día del mes de Toxcatl (h. 20-22 de mayo de 1520), con ofrendas a los dioses Huitzilopochtli (Huichilobos) y Texcatlipoca (Tezcatepuca), para realizar el ataque, pues al decir de Alvarado creían que era una emboscada:

En aquel tiempo tenían los mexicanos por costumbre de hacer gran fiesta a sus ídolos, que se decían Huchilobos y Tezcatepuca. Y para hacerles regocijos y danzas y salir con sus riquezas de joyas de oro y penachos, como solían bailar, demandó licencia el gran Montezuma al Pedro de Alvarado, y él se la dio con muestras de buena voluntad. Y desque vido que estaban bailando y cantando todos los más caciques de aquella cibdad e otros principales que habían venido de otras partes a ver aquellas danzas, salió de repente el Pedro de Alvarado de su aposento con todos sus ochenta soldados bien armados y dio en los caciques estando bailando en el patio principal del cu mayor, y mató y hirió ciertos dellos, habiéndole demandado licencia para ello.

Y desde esto vio el gran Montezuma y sus principales, hobo muy grande enojo de cosa tan mala y fea, y luego en aquel estante le dieron guerra<sup>7</sup>.

Vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Montezuma ante Cortés a quejarse del Pedro de Alvarado. Y lo que dijeron, llorando muchas lágrimas de sus ojos, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés y sin causa ninguna dio en sus principales y caciques que estaban bailando y haciendo fiesta a sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dio el Alvarado, e que mató e hirió muchos dellos<sup>8</sup>.

Estas pláticas y descargo dio Pedro de Alvarado a Cortés. Y le tornó a decir Cortés que a qué causa les fue a dar guerra estando bailando y haciendo sus fiestas. Y respondió que sabía muy ciertamente que en acabando las fiestas y bailes y sacrificios que hacían a su Huichilobos y a Tezcatepuca, que luego le habían de venir a dar guerra, según el concierto tenían entre ellos hecho; y todo lo demás, que lo supo de un papa y de dos principales y de otros mexicanos. E Cortés le dijo: “Pues hanme dicho que le demandaron licencia para hacer el areito y bailes”. Dijo que así era verdad e que fue por tomarles descuidados, e que, porque temiesen y no viniesen a dalle guerra, que por esto se adelantó a dar en ellos. Y desde aquello Cortés le oyó, le dijo muy enojado que era muy mal hecho e gran desatino, e que pluguiera a Dios que el Montezuma se hubiera soltado e que tal cosa no la oyera a sus oídos<sup>9</sup>.

El dominico fray Diego Durán titula así el capítulo XXI de su *Libro de los ritos*: “De la relación del dios de los bailes y de las escuelas de danza que había en México en los templos para servicio de los dioses”. En él nos dice que los aztecas tenían un dios de los bailes (*Huehucoyotl*) y escuelas de danza llamadas *cuicacally*. Este autor detalla la existencia de una amplia tipología de danzas: unas solemnes con sonidos graves

7 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CCXIII, pp. 1089-1090.

8 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CXXIV, p. 457.

9 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CXXV, pp. 460-461.

y movimientos moderados, ejecutadas por los señores en las grandes fiestas; otras de amores y requiebros propias de jóvenes mancebos con sonidos agudos; el *cuecuehcuycatl*, o “baile cosquilloso o de comezón”, que a ojos del dominico resulta lascivo, pues “se introducen indios vestidos como mujeres”<sup>10</sup>; el *momoztly*, con los muchachos danzantes disfrazados de mariposas o pájaros, “el más solene baile qu’ esta nación tenía”<sup>11</sup>; un baile con máscaras de viejos corcovados, muy donoso y alegre<sup>12</sup>; un baile de truhanes y bobos que fingen trastocar las palabras y entenderlo todo al revés; cierta danza que consiste en mover un palo o rodillo solo con los pies [imágenes 1, 2 y 3]; una danza de voladores al estilo de la famosa de Papantla [imágenes 4 y 5]; e incluso danzas de truhanes y borrachos con los rostros embijados.



Imagen 4: Desposorio indígena, con volador y danza del palo (Biombo: Los Angeles County Museum of Art).

Imagen 5: El palo volador (Biombo: Madrid, Museo de América)

10 Durán, *Libro de los ritos*, cap. XXI, p. 428.

11 Durán, *Libro de los ritos*, cap. XXI, p. 429.

12 Vargas Montes aduce que podría compararse con algunas danzas purépechas de hoy en día (“Introducción” al *Libro de los ritos*, p. 53).

Casi todos los cronistas y misioneros (Fernández de Oviedo, Cervantes de Salazar, Sahagún, Torquemada, Motolinía, Mendieta, Clavijero...) concuerdan en esto con Durán y se admiran de la grandeza de las danzas aztecas<sup>13</sup>, usando para ello sinónimos como areitos, mitotes o tocotines (con una amplia gama de variantes). Veamos los asertos al caso de López de Gómara:

Hicieron su fiesta, y desnudos, empero cubiertos de piedra y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófara, y con muy ricos penachos en las cabezas, bailaron el baile que llaman *mazeualiztli*, que quiere decir ‘merecimiento con trabajo’, y así dicen *mazeuali* por ‘labrador’. Este baile es como el *netoteliztli*, que dije, porque ponen esteras en los patios de los templos, y encima de ellas los atabales. Danzan en corro, trabados de las manos y por renglera; bailan al son de los que cantan, y responden bailando. Los cantares son santos, y no profanos, en alabanza del dios cuya es la fiesta, porque les dé agua o grano, salud, victoria, o porque les dio paz, hijos, sanidad y otras cosas así, y dicen los prácticos de esta lengua y ritos ceremoniales, que cuando bailan así en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al *netoteliztli*, así con la voz como con meneos del cuerpo, cabeza, brazos y pies, en que manifestaban sus conceptos, malos o buenos, sucios o loables. A este baile llaman los españoles *areito*, que es vocablo de las islas de Cuba y Santo Domingo<sup>14</sup>.

13 Un buen resumen panorámico en Sten, *Vida y muerte del teatro náhuatl*, pp. 15-34.

14 López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, cap. CIV, p. 197.



Imagen 6: Códice Durán (1580), fol. 305r.

Imagen 7: Códice Tovar (h. 1585): “El modo de bailar de los mexicanos”.

Hay varios códices ilustrados que nos brindan imágenes de danzantes con sus atuendos y accesorios: penachos, aventadores, sonajas, flores, ajorcas en pies y brazos, etc. A veces uno o más participantes se disfrazan de animales (tigres, águilas...), a imitación de los guerreros [imágenes 6, 7 y 8]. En el Códice de Tlatelolco observamos a tres bailarines desfilando [imagen 9]. El primero es un águila o *cuauhtli* en cuya mano izquierda sujeta un pequeño aventador y en la derecha una gran flor y hoja de alcatraz. El segundo y el tercero van vestidos de águila-ocelote (*cuauhtli-océlot*): uno lleva elementos vegetales en ambas manos y el otro un aventador en la izquierda y un abanico en la derecha<sup>15</sup>. Asimismo, los *tlacuilos* o ilustradores del Códice Durán dejaron fiel constancia de la presencia de algunos de estos elementos que adornaban o componían a los ejecutores de las danzas [imágenes 6, 8, 10 y 11].

<sup>15</sup> Valle Pérez, “La lámina VIII del Códice de Tlatelolco. Una propuesta de lectura”.



Imagene 8: Códice Durán (1580), fol. 158v.

Imagene 9: Códice Tlatelolco (h. 1562), fragmento de la lámina 8.



Imagene 10: Códice Durán (1580), fol. 277v. Danza ritual.

Imagene 11: Códice Durán (1580), fol. 246r. Danzantes del culto a Tezcatlipuca.

Tal estado de cosas se alteró drásticamente con la llegada de los conquistadores a México, quienes también llevaron consigo sus propias danzas. Por ejemplo, tras la caída de Tenochtitlán en 1521, sabemos que los viejos soldados agasajaron a Hernán Cortés con varios festejos y entradas triunfales. *La Historia verdadera* narra el alborozo que sintieron los españoles con la llegada de Cortés a Guazacualco (Coatzacoalcos, Veracruz) y “el gran rescibimiento que le hecimos, con arcos triunfales y con ciertas emboscadas de cristianos e moros y otros grandes regocijos e invenciones de juegos. Y le aposentamos lo mejor que pudimos, así a Cortés como a todos los que traía en su compañía, y estuvo allí seis días”<sup>16</sup>. Estas “emboscadas de cristianos e moros” señalan el primer registro conocido de la im-

<sup>16</sup> Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CLXXIV, p. 842.

plantación en América de las fiestas de moros y cristianos, las cuales hunden sus raíces en la Edad Media española<sup>17</sup>.

Pero hay recepciones más interesantes que acontecieron cuando Cortés regresó a la capital de imperio azteca tras su larga travesía por las Hibueras (Honduras), años 1524-1525. Veamos cómo fue recibido en Tlaxcala y en México:

Pues la provincia de Tascala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron a rescibir con danzas y bailes y regocijos y mucho bastimento. Y desque llegó obra de tres leguas de la cibdad de Tezcuco [...], juntó muchos españoles de todos los pueblos de la redonda, y con los que estaban en su compañía y los caciques de aquella cibdad, con grandes invinciones de juegos y danzas, fueron a rescibir a Cortés más de dos leguas, con lo cual se holgó [...]. Y otro día de mañana fue camino de México [...], y salió el tesorero con todos los caballeros y conquistadores y cabildo de aquella cibdad, y todos los oficiales en ordenanza, y llevaron los más ricos vestidos y calzas y jubones que pudieron, con todo género de instrumentos; y con los caciques mexicanos por su parte con muchas maneras de invenciones y devisas y libreas que pudieron haber, y la laguna llena de canoas e indios guerreros en ellas, segund y de la manera que solían pelear con nosotros en el tiempo de Guatémuz; y los que salieron por las calzadas fueron tantos juegos y regocijos, que se quedarán por decir. Pues en todo el día por las calles de México todo era bailes y danzas<sup>18</sup>.

E ya tenía allegado muchas aves de las diferenciadas de otras que hay en Castilla, que era cosa muy de ver, y dos tigres y muchos barriles de liquidámbar y bálsamo cuajado y otro como aceite y cuatro indios maestros de jugar el palo con los pies, que en Cas-

17 Warman Gryj, *La danza de moros y cristianos*; Jáuregui y Bonfiglioli, *Las danzas de conquista*.

18 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CXC, pp. 914-915.

tilla y en todas partes es cosa de ver; y otros indios grandes bailadores, que suelen hacer una manera de ingenio que al parecer como que vuelan por alto bailando<sup>19</sup>.

Muy poco después (1528), la “funestísima primera Audiencia” de México fue agasajada “con muchos arcos triunfales y mucha cantidad de indios, que salieron a los recibir con sus divisas y plumajes e instrumentos, bailando y cantando”<sup>20</sup>. Nótese que los textos hablan varias veces de invenciones de juegos y danzas, con protagonismo compartido entre españoles e indios naturales. En este contexto festivo, la voz *invención* significa el disfraz o motivo alegórico, emblemático, burlesco... que escogen los caballeros y sus cuadrillas para lucir durante la celebración de algún festejo, y que conlleva una suerte de escenificación de un breve cuadro, *tableau vivant*, danza coral o pequeño paso de teatro.

Otro testimonio temprano de un festejo con presencia de danzas indígenas (un mitote) nos lo brinda Cervantes de Salazar al hilo de la jura que hizo la Ciudad de México del nuevo rey Felipe II, tras la abdicación de Carlos V. La ceremonia se ejecutó los días 6 y 7 de junio de 1557. El citado humanista escribió una relación al caso hoy perdida<sup>21</sup>, aunque sí contamos con algún detalle suelto presente en su *Crónica de la Nueva España*:

Entraban en estos bailes o ximitotes muchos indios de diversas edades [...]. Juntanse a esta danza más de diez mill indios muchas veces; la manera de su cantar es triste; acorvan la cabeza, inclinan el cuerpo, llevan el brazo derecho levantado, con alguna insignia en la mano [...]. Iban vestidos, como dije en el *Comentario de la jura hecha al invictísimo Rey don Filipe*, de diversas pieles de anima-

19 Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CXCIV, p. 944. Nueva referencia a los famosos voladores de Papantla (Veracruz).

20 Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, vol. I, pp. 253-254, quien extrae el dato de una carta de relación de fray Juan de Zumárraga.

21 Sanchis Amat, *Francisco Cervantes de Salazar: un humanista en la Nueva España del siglo XVI*, pp. 163-182.

les, que tenían por cosa de majestad y fortaleza, adornados de ricas piedras y vistosas plumas<sup>22</sup>.

Conviene recordar que Cervantes de Salazar dedicó un par de capítulos de la *Crónica* a tratar “De los bailes o areitos de los indios” (I, 20) y “De las danzas y bailes que en México se hacían” (IV, 7). En otros pasajes de su *Crónica* menciona muy de soslayo la celebración de más mitotes: III, 27, p. 245; III, 47, p. 276; IV, 43, p. 376 y IV, 71, p. 409.

De otro cariz fueron las fiestas por el arribo de Martín Cortés de Zúñiga, II marqués del Valle, en 1563. Al decir de Suárez de Peralta: “Con la llegada del marqués a México no se trataba de otra cosa si no era de fiesta y galas, y así las había más que jamás hubo”<sup>23</sup>. En los años 1565-1566 Martín Cortés se halla en el centro de una conjuración de los viejos encomenderos contra la corona española por su política de las encomiendas, movimiento que se llevó apenas sin recato y con bastante ruido. A nuestros efectos destaca cierta mojiganga o invención donde los intervinientes recrearon en el otoño de 1565 el primer encuentro acaecido entre Hernán Cortés y Moctezuma. En palabras de Orozco y Berra:

Uno de los domingos inmediatos entró [Alonso de Ávila] en la ciudad con veinticuatro amigos, vestidos de indios caciques, y con gran regocijo y música se aparearon todos en casa del marqués, donde estaban reunidos, convidados para una fiesta, el visitador, muchas damas y los caballeros de importancia. Alonso en el papel de Moctezuma, y el marqués en el de su padre D. Hernando, representaron la primera entrada de los españoles en la capital del Imperio azteca. Y saliéndose de la verdad histórica, aquel prodigó al conquistador no solo las muestras más rendidas de amistad, sino que al rumor de los instrumentos y en medio los aplausos de la concurrencia le puso

22 Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. I, cap. 20, pp. 134-135. Las actas del cabildo mexicano (3 de junio de 1557) disponen que ese día “en memoria y por alegrías de la dicha solemnidad, los indios naturales desta ciudad hagan su regocijo y mitote en la plaza pública” (*Libro del cabildo e ayuntamiento de México*, libro 6, p. 290).

23 Suárez de Peralta, *Tratado*, cap. XXX, p. 189.

en la cabeza y en la de su mujer guirnaldas de pluma, tal vez semejantes al *copilli* de que usaban los monarcas mexicanos. Un truhán que estaba presente gritó como por donaire: “¡Tómate esa corona, marquesa!”. Los disfrazados tlatoanes llevaban en las manos ramos de flores con coplas y motes para repartir a las damas: unos de galantería y amores, otros de embozada significación enderezados a la revuelta, pero entendibles únicamente por los conjurados. El letreiro puesto en el *suchil* que al marqués tocó decía: “No temas la caída, pues es para mayor subida”. Acabada la farsa, mientras comenzó el sarao en la casa, la máscara anduvo por las calles despertando a los vecinos con el ruido de su música, cantando romances y coplas alusivas a la empresa, hasta la media noche, en que se retiró para asistir a la cena prevenida. El convite fue dado a la usanza de los indios<sup>24</sup>.

Levantados los manteles, la mojjiganga tornó a salir por las calles con hachas encendidas en las manos y a caballo, según lo que se llamaba *encamisada*, tirándose los jinetes, conforme a la moda del tiempo, con *alcancías*, que eran unas bolas de barro endurecidas al sol, llenas de ceniza o flores, y cuyos tiros se resistían parándolos con las adargas [...]. Esa fiesta dada para sondear los ánimos de los españoles y ver si se caminaba sobre terreno firme, terminó pacíficamente. Sin embargo, apenas nació la revolución y ya era conocida. En la misma noche se dio aviso al visitador de que los encomenderos se alzaban a sombra del sarao<sup>25</sup>.

El 30 de junio de 1566 se bautizaron dos hijos mellizos de Martín Cortés, con “fiestas dignas de un rey”: hubo un torneo sobre un tablado, dos banquetes (uno al gusto de los criollos y otro de los indios), “juegos de sortija y de cañas, iluminación por la noche, encamisada y alcanciazos”<sup>26</sup>. Todo ello desencadenó el amago de revuelta contra la corona y la pronta intervención de la Audiencia (16 de julio de 1566), con las consecuencias que bien se conocen: ejecución

24 Orozco y Berra, *Noticia histórica*, p. 38.

25 Orozco y Berra, *Noticia histórica*, p. 39.

26 Orozco y Berra, *Noticia histórica*, pp. 46-47.

de los hermanos Ávila, prisión y condena a muerte de Martín Cortés (y dos de sus hermanos), quien fue remitido a España, juzgado de nuevo y desterrado a Orán.

Dejando de lado las graves implicaciones históricas de la conjuración, cabe destacar cómo a la altura de 1565 hubo una suerte de escenificación en México del encuentro real que mantuvieron Hernán Cortés y Moctezuma en 1519<sup>27</sup>. Si pasamos al ámbito indígena, observamos que el triste destino del emperador Moctezuma sigue estando en el núcleo de muchos cantos y mitotes de indios.

27 En esta misma clave de representación teatral, el antecedente más importante que se conoce lo refiere el P. Motolinía en su *Historia de los indios de la Nueva España*, cuando los indígenas tlaxcaltecas celebraron el Corpus Christi de 1539 (cayó el 12 de junio) con una magna escenificación de *La conquista de Jerusalén*, la cual sirvió para hacer una audaz analogía con la caída de Tenochtitlán el día de san Hipólito de 1521: “Entró Santiago en un caballo blanco como la nieve y él mismo vestido como lo suelen pintar. Y como entró en el real de los españoles, todos le siguieron y fueron contra los moros que estaban delante de Jerusalén, los cuales, fingiendo gran miedo, dieron a huir y, cayendo algunos en el camino, se encerraron en la ciudad. Y luego los españoles la comenzaron a combatir, andando siempre Santiago en su caballo dando vueltas por todas partes y los moros no osaban asomar a las almenas por el gran miedo que tenían. Entonces los españoles, sus banderas tendidas, se volvieron a su real. Viendo esto el otro ejército de los naturales o gente de la Nueva España y que los españoles no habían podido entrar en la ciudad, ordenando sus escuadrones fuéronse de presto a Jerusalén, aunque los moros no esperaron a que llegasen, sino que saliéronles al encuentro y, peleando un rato, iban los moros ganando el campo hasta que los metieron en su real, sin cautivar ninguno de ellos; hecho esto, los moros con gran grito se tomaron a su ciudad. Los cristianos viéndose vencidos, recurrieron a la oración, y llamando a Dios que les diese socorro, y lo mismo hicieron el Papa y cardenales. Luego les apareció otro ángel en lo alto de su real y les dijo: «Aunque sois tiernos en la fe, os ha querido Dios probar y quiso que fuédeses vencidos para que conozcáis que sin su ayuda valéis poco. Pero ya que os habéis humillado, Dios ha oído vuestra oración y luego vendrá en vuestro favor el abogado y patrón de la Nueva España, San Hipólito, en cuyo día los españoles con vosotros los tlaxcaltecas ganasteis a México». Entonces todo el ejército de nahuales comenzaron a decir «San Hipólito, San Hipólito». A la hora entró San Hipólito encima de un caballo morcillo, y esforzó y animó a los naturales, y fuese con ellos hacia Jerusalén. Y también salió de la otra banda Santiago con los españoles y el Emperador con su gente tomó la frontera” (*Historia de los indios*, I, 15, p. 100). A destacar el singular hecho de que Hernán Cortés, Pedro de Alvarado y otros conquistadores tomaron parte activa de la representación, pero no en el rol de cristianos, sino en el de soldados moros que ponen sitio a la ciudad de Jerusalén.

Así, por ejemplo, el sevillano Juan de la Cueva, que residió tres años (1574-1577) en la capital del virreinato, compuso una *Epístola al licenciado Sánchez de Obregón, primer corregidor de México*, donde dice esto:

Con todo eso, sin tener recelo,  
 voy a ver sus *mitotes* y sus danzas,  
 sus juntas de más costa que aparato.  
 En ellas no veréis petos ni lanzas,  
 sino vasos de vino de Castilla  
 con que entonan del baile las mudanzas.  
 Dos mil indios (¡oh, extraña maravilla!)  
 bailan por un compás a un tamborino,  
 sin mudar voz, aunque es cansancio oílla.  
 En sus cantos endechan el destino  
 de Moctezuma, la prisión y muerte,  
 maldiciendo a *Malinche* y su camino.  
 Al gran marqués del Valle llaman fuerte,  
 que los venció; llorando desto, cuentan  
 toda la guerra y su contraria suerte<sup>28</sup>.

Si avanzamos un poco más en la cronología, un cronista de la orden de S. Francisco (Antonio de Ciudad Real) refiere cómo en la visita eclesiástica de fray Alonso Ponce a diversos pueblos de indios en 1586, fue recibido por los naturales con danzas y mitotes “con mucha y muy buena plumería”<sup>29</sup>. A su vez, por una carta particular de otro franciscano (Alonso de San Juan) fechada el 6 de julio de 1587, sabemos que el convento de México de la citada orden se preparaba para agasajar al virrey Manrique de Zúñiga y a su mujer con “comedia y loa [...], luchas de moros y cristianos, bailes, una mascarada y tocotines de los indios, y creo que hasta una corrida de toros”<sup>30</sup>.

28 Tomo la cita de Méndez Plancarte, *Poetas novohispanos. Primer siglo (1521-1621)*, p. 22.

29 Ciudad Real, *Tratado curioso y docto* (caps. LV-LVI), vol. II, pp. 18-19.

30 Valle-Arizpe, *Virreyes y virreinas de la Nueva España*, p. 16.

La exhibición de mitotes o tocotines en las fiestas públicas se generalizó tanto que acaban por trascender al personaje de Moctezuma y se abren a otros temas, según nos recuerda Antonio de Saavedra Guzmán en este pasaje de *El peregrino indiano* (1599):

Ha venido  
un mitote solemne celebrado,  
y cien mil invenciones diferentes  
con diversos regalos y presentes.  
Donde la trompa, el cuerno y atambores,  
el caracol, sonaja y la bocina,  
la flauta, los cantares y dulzores  
suenan con invención muy peregrina.  
Allí era el referir de sus amores,  
cuál en donaire para el otro inclina  
un nudoso bastón, y muy airado  
el golpe arroja huyendo por un lado<sup>31</sup>.

Podemos hablar incluso de una *literaturización* del mitote, con apertura a cualquier contexto dramático festivo. Citaré varios ejemplos: en 1620 Francisco Bramón (SJ) publica el auto de *El triunfo de la Virgen y gozo mexicano*, cuya puesta en escena culminó con siete personajes indígenas (seis caciques principales junto al representante del Reino Mexicano) que ejecutaron “una vistosa danza que llaman los mexicanos *netotiliztle*, y en nuestro vulgar mitote o tocotín”. Los músicos amenizaron el baile entonando con sus instrumentos la letra de un tocotín (28 versos) que sirvió para cerrar el festejo:

Bailad, mexicanos,  
suene el tocotín,  
pues triunfa María  
con dicha feliz<sup>32</sup>.

31 Saavedra Guzmán, *El peregrino indiano*, canto II, estrofas 62-63, p. 100.

32 Bramón, *El triunfo de la Virgen y gozo mexicano*, en *Los sirgueros de la Virgen sin original pecado*, p. 212.

De forma casi idéntica concluye la anónima comedia de la *Vida de san Ignacio de Loyola* (primera parte, h. 1629-1630), pues tras los versos de despedida salen nueve personajes que entonan y bailan las coplas de un tocotín elaborado *ad hoc*:

Tocontín, casiques,  
 hijos, tocontín,  
 que el sol vuestro padre  
 os espera aquí.  
 [...]  
 Tocontín, casiques,  
 hijos, tocontín,  
 que al sol hecho padre  
 tenemos aquí<sup>33</sup>.

Una década después (1640), otro jesuita como Matías de Bocanegra hará lo propio al final de la *Comedia de san Francisco de Borja*:

Rematose toda la fiesta con un mitote o tocotín, danza majestuosa y grave hecha a la usanza de los indios, entre diez y seis agraciados niños, tan vistosamente adornados con preciosas tilmas y trajes de lama de oro, *cactles* o coturnos bordados de pedrería, copiles o diademas sembradas de perlas y diamantes, quetzales de plumería verde sobre los hombros, que sola esta danza y su lucimiento bastara por desempeño del festejo más prevenido<sup>34</sup>.

Sor Juana Inés de la Cruz no dudó en combinar los sones del tocotín con los de algunos villancicos sacros, como los dedicados a la Asunción (1676), a san Pedro Nolasco (1677)<sup>35</sup> y a san José (1690), o con ciertas loas sacramentales (para los autos de *El divino Narciso* y *El*

33 Padilla Zimbrón (ed.), *Vida de san Ignacio de Loyola*, pp. 215 y 218.

34 Sainz Bariáin, *Poder, fasto y teatro*, p. 371.

35 En este caso concreto, el “tocotín mestizo” que se le atribuye no parece ser suyo, según se desprende de cierta nota manuscrita del ejemplar custodiado en la biblioteca cervantina del Tecnológico de Monterrey.

*etro de José*)<sup>36</sup>. En el convento de Santa Clara de México las monjas organizaron en 1681 un festejo para acoger intramuros a la recién llegada virreina consorte (María Luisa Manrique de Lara, marquesa de la Laguna): el resultado fue la publicación de un *Festín plausible* al cuidado de Joseph de la Barrera y Barahona, que contenía su tocotín y loa.

### El mitote a ojos de extranjeros

De las varias referencias de época que conocemos sobre el desarrollo, contenido y forma de ejecutar los mitotes de indios, destacan las descripciones de dos clérigos europeos que, ante el asombro que les provocó tal expresión de la cultura indígena, hicieron un esfuerzo por describirlos en detalle para deleite de los no iniciados (y de las generaciones posteriores). El primero de ellos es el jesuita español Andrés Pérez de Rivas, quien tras cuatro décadas viviendo en México compuso la *Historia de los triunfos de nuestra santa fe* (Madrid, 1645), monumental obra en cuyo libro XII, capítulo 11, pp. 739-740, vierte sus impresiones sobre la esencia del mitote. El segundo es Thomas Gage, inglés de nacimiento que vistió el hábito dominico y residió una larga temporada (1624-1637) en territorio americano<sup>37</sup>. En 1648 publicó sus impresiones del viaje: *A New Survey of the West-Indies* (manejo traducción de D. Tejera: *Viajes por la Nueva España y Guatemala*), pero el hecho de escribir la obra en inglés, añadido a que al final de sus días apostató del catolicismo y se convirtió al anglicanismo, han propiciado que su testimonio no sea muy conocido en el ámbito hispánico. Sin embargo, en el capítulo 19 narra con morosidad la ejecución de un tocotín que él presenció en Guatemala. Nos atenemos al primer referente (Pérez de Rivas), por ser más incisivo en los detalles que interesan a este estudio, aunque apelamos a la benevolencia del lector por la extensión de la cita:

36 Johansson, “Sor Juana Inés de la Cruz: cláusulas tiernas del mexicano lenguaje”; Flores, “Sor Juana y los indios: loas y *tocotines*”.

37 Johnson, “Noticias dadas por Tomás Gage, a propósito del teatro en España, México y Guatemala (1624-1637)”.

En san Gregorio suelen representar esos días [carnestolendas] los colegiales algunos coloquios de materias santas en su lengua mexicana, y otros mitotes y bailes acompañados de música y canto que son de mucho entretenimiento. Y por ser de muy particular gusto a la vista y nuevo para España y aun a otras naciones el sarao *mitote* que llaman del emperador Motezuma, el que en sus fiestas celebraban los seminaristas de san Gregorio y, lo principal, por estar ese sarao –que antes estaba dedicado a la gentilidad– ya dedicado en honra del que es Rey de Reyes, Jesucristo nuestro Señor, y fiesta ya cristiana, la escribiré aquí, aunque haga una breve digresión.

Lo primero que aquí hay singular cuando esta fiesta se celebra plenamente es el traje y adorno con que salen los que danzan juntos, que es a lo antiguo de los príncipes mexicanos. Las mantas o mantos son doblados de dos telas, la una transparente y que descubre las labores y flores hermosas del interior; y estos llevan pendientes de los hombros, al modo de los emperadores romanos, enlazadas las puntas al hombro derecho, donde hacen una rosa vistosa [imágenes 12 y 13]. Las cabezas ciñen unas diademas que se levantan sobre la frente con proporción, a modo de pirámide, que causa hermosura, y está adornada de las más ricas piedras y oro que alcanzaban. Y esta era la forma de las coronas de los emperadores mexicanos. En el juego del brazo izquierdo un rico brazalete sobre que carga un penacho, levantado de la plumería más vistosa de plumas verdes que ellos usaban y hoy mucho aprecian. Y en esta mano otro penacho que juegan y tremolan al compás de la danza. En la mano derecha llevan un instrumento que llaman *ayacaztli*, de unas sonajitas que usan de calabacitas doradas, con su cabo, con unas chinitas dentro que, meneadas también a son y compás, lo hacen gracioso [imagen 14]. Lo demás de adorno del cuerpo son jubones y camisas muy labradas, y calzón largo y doblado de dos telas, como el manto, y en los pies sandalías, en que también echaban su riqueza y galantería.



Imágenes 12 y 13: Christoph Weiditz, *Die Trachtenbuch* (h. 1529), pp. 1 y 3: india e indio mexicanos vestidos con mantas.

El estrado que se preparaba para esta fiesta se sembraba de flores, y a la cabecera dél se ponía el asiento del emperador Motezuma: este era a modo de un taburete bajo dorado. A un lado del teatro se pone una mesa y sobre ella un tamborcito llamado *teponaztli*, que guía toda la música y danza, muy diferente de los que se usan en Europa. Es de madera preciosa –o otra colorada– y con dos tablitas divididas una enfrente de otra, que lo cierra, dejando lo hueco, que golpeadas de los que las tocan con unas bolitas de la goma de hule en puntas de varitas, guían con su son la danza. Y ese son acompaña a compás el de las sonajitas que llevan los danzantes en las manos [imagen 14]. Los españoles han añadido a este el de sus instrumentos: arpa, corneta y bajón.



Imagen 14: Mitote de indios con sonajas (ayacaztles) y guitarra.  
Madrid, Museo de América: detalle biombo.

Alrededor del tambor era el lugar de los ancianos y principales mexicanos, que eran los que entonaban el canto que siempre acompañó al baile mexicano; y esos, a grave paso y sin mucho movimiento, en ese lugar bailaban. Los de la danza o sarao ordinariamente eran catorce, fuera del emperador, que venía al fin. Este sale con notable demostración de majestad y con el traje de los demás principales, aunque más rico en el ornato y vestido. Detrás dél sale un niño con un grande mosqueador de rica plumería, que danzando al son de los demás, va haciendo sombra y sirve como de dosel al emperador. Otros dos niños ricamente vestidos van a sus dos lados, y un paso delante, barriendo con sus penachos de pluma el paso del emperador, y a trechos esparciendo flores a sus pies. Al tiempo de salir el sarao del palacio interior lo llama la música y canto que, al modo español y ya cristiano, suena así: “*Salid mexicanos, bailad*

*tocontín, que al Rey de la gloria tenemos aquí*". Esas tres sílabas de la palabra *to-con-tín* son como puntos que guarda el son del tamborcito, y por esto llaman algunos con ese nombre a este baile.

Salen los dél danzando en dos hileras, al modo de la hacha española. El movimiento es sosegado y grave, que se hace a compás, no solo con los pies, sino con acción de brazos y manos. Menean las sonajas y ondean y cimbran los penachos de pluma, que son muy largas y angostas y [de] color dorado, o a veces en su lugar un ramo de árbol oloroso, y van tomando sus puestos hasta que sale el emperador, que viene atrás con paso de mucha majestad. Toma su asiento en la cabecera y, al punto, antes de avivar el baile –que con movimiento sosegado nunca para–, vueltos a su príncipe, le hacen todos a una un tal acatamiento con penachos, sonajas y el cuerpo, que parece se le quieren poner debajo de los pies. Hecha esta reverencia, avivan sus mudanzas delante del emperador (ahora se ha convertido y [se] hace toda esta reverencia al Santísimo Sacramento del Altar). Habiendo breve rato danzado los del sarao, se levanta para hacerlo a solas el emperador, con los tres niños que dije le acompañan, barriéndole con los plumajes el suelo y esparciéndole flores a los pies. Y el del tirasol haciéndole dosel y sombra [imágenes 15 y 16].



Imagen 15: Danza de Moctezuma: Joaquín Antonio de Basarás, 1763, New York, Hispanic Society of America.



Imagen 16: Demostración de la danza de los indios.  
Madrid, Museo de América, h. 1775-1800.

Y en las mudanzas de los pies tan a punto todos con su príncipe, que parece las hace un mismo movimiento. El tiempo que este danza, todos los demás están parados en sus puestos, humillados a la tierra, y al pasar por medio de las dos hileras, cuando empareja con cada uno, ese le aplica a los pies los instrumentos que lleva en las manos, en señal de humillación, haciéndole son –que nunca para– de todos los *ayacastles*. Y en habiendo dado su vuelta el emperador, toma otra vez su asiento y vuelven los dos coros a proseguir su baile con nuevas mudanzas. Y aunque no muy diferentes las unas de otras, todas son muy agradables y no cansan. La música de voces, que no para, corresponde a la que toca el *teponaztle*, con otra capilla que le corresponde, y está encubierta detrás de cortina

o celosía, como si fuese a dos coros. Y finalmente toda la danza, con su novedad, adorno, acciones y canto, es tan agradable que ha sido de gran gusto, entretenimiento y fiesta a personas muy graves, señores y arzobispos que han ido de España. Conservan y celebran hoy ese baile los indiecitos colegiales mexicanos de san Gregorio, porque aunque los mitotes ordinarios los usan los demás, que llaman mecehuales y vasallos, pero estos son vulgares y no tienen el aparato y ceremonias que este destos niños, que imitan no pocas veces hijos de españoles principales<sup>38</sup>.

### Mitotes y tocotines en Nueva España (siglos XVII-XVIII)

Ya mencionamos más arriba cómo los habitantes de la capital de Nueva España se regocijaron en la jura de Felipe II con un mitote indígena en la plaza pública (1557), danza que servía por igual para recibir a altos dignatarios eclesiásticos (fray Alonso Ponce en 1586) o civiles (marqués de Villamanrique en 1587). El uso de mitotes y tocotines, con todo su esplendor, se generalizó en las acogidas a los nuevos virreyes, como por ejemplo la del conde de Monterrey en 1595, en cuyo honor el cabildo capitalino encargó a los indígenas varios divertimentos: una naumaquia y “un mitote general de toda esta provincia para la Plaza Mayor, para que le hagan con invenciones de palos y voladores, con mucha plumería, que dure desde las dos hasta la noche”<sup>39</sup>. El 15 de febrero de 1600 se le brindó otra especie de mitote o invención a este mismo mandatario. Domingo Chimalpáhin nos informa de que Hernando de Alvarado Tezozomoc, nieto de Moctezuma, hizo el papel de su abuelo: lo “llevaron en andas y cubierto con un palio, y delante iban danzando hasta llegar frente a palacio; se representó ante el virrey e hicieron fiesta los españoles”<sup>40</sup>. En el caso del virrey marqués de Villena, para cuya jornada contamos con la meticulosa relación de Cris-

38 Pérez de Rivas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe*, lib. XII, cap. 11, pp. 739-740.

39 *Actas de cabildo*, libro 12, p. 223 (5 de octubre de 1595).

40 Chimalpáhin, *Diario*, p. 77.

tóbal Gutiérrez de Medina (*Viaje de tierra y mar*, México, Juan Ruiz, 1640), sabemos que se le brindaron mitotes a su paso por Tlaxcala, Cholula y México (este último en el palacio de Chapultepec):

Los indios nobles no dejaron de mostrar, a su usanza, la alegría que sentían, con un castillo de chichimecos que –desnudos– salían a pelear con fieras, haciendo tocotines y mitotes.

Hospedose su excelencia en el convento de San Francisco, donde los religiosos le celebraron con una religiosa comedia, mitotes y tocotines de lo principal de los indios.

Hubo un mitote general de cuatrocientos indios, con tilmas de gala y plumeros, que bailaron a su usanza y alegraron el campo y la ciudad; y a la noche hubo luminarias generales.

Dos días después de la entrada [30 de agosto] de su excelencia [...] se hizo una encamisada o máscara de gala [...]. Seguía otro carro triunfal rico y curiosamente aderezado, y sobre un trono una ninfa que representaba México, en cuya compostura litigaba el aseo con lo precioso. A los lados deste carro venía Fernando Cortés y Montezuma, y entre los tres, delante de su excelencia, con un breve diálogo, dieron su bienvenida<sup>41</sup>.

Una década después (28 de junio de 1650), tras el juramento del virrey Alba de Liste: “se fue a Chapultepec, donde tuvo toros y tocotines de los indios”<sup>42</sup>. Lo parco de estas noticias se puede paliar desde la orilla de la literatura, de donde recabamos información más nutrida. Si ya hemos anticipado que, avanzado el siglo XVII, el mitote o tocotín se abre a múltiples situaciones o temas de carácter festivo, lo que de verdad le define es que recrea en clave dancística y teatral el encuentro de Moctezuma con Hernán Cortés. El jesuita Pérez de Rivas, largamente citado, habla de cierto indio noble llamado Lorenzo que componía coloquios y autos bilingües (en náhuatl y

41 Gutiérrez de Medina, *Viaje de tierra y mar* [...] que hizo el [...] Marqués de Villena, citas en los fols. 27r (para Tlaxcala), 32r (para Cholula), 36v y 41v (para México).

42 Guijo, *Diario*, vol. I, p. 106.

español) para la fiesta del Corpus Christi: “Y aquí era donde sacaba y empleaba la danza o célebre mitote del emperador Motezuma que atrás se hizo mención”<sup>43</sup>. Enfatizo el dato porque será justo desde la órbita jesuita que extraigamos noticias de celebraciones novohispanas con reiterada presencia del personaje de Moctezuma.

Transcribo a continuación –con cierta morosidad– algunos pasajes ilustrativos de tres fiestas jesuíticas surgidas al hilo de la canonización de sendos miembros de la Compañía: en concreto san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier (fiestas de México, 27 noviembre-5 diciembre de 1622; fiestas de Puebla, 7-16 de enero de 1623), y más tarde san Francisco de Borja (fiestas de México, enero-febrero de 1672). Los dos primeros ítems se preservan manuscritos en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid (Ms. 9-3685). De las varias transcripciones modernas existentes, manejo la de Alonso Asenjo<sup>44</sup>. El tercer ítem es un impreso emitido por los jesuitas de México en 1672: *Festivo aparato con que la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús celebró en esta imperial corte de la América septentrional los inmarcesibles lauros y glorias inmortales de S. Francisco de Borja*.

El 27 de noviembre de 1622 circuló por las calles de la capital del virreinato una máscara titulada *Triunfo de los dos santos, Ignacio y Javier, sobre los tres enemigos del alma y los heresiarcas*. Entre las varias recreaciones o invenciones de esta peculiar máscara (peculiar porque sus integrantes –más de quinientos– iban “con el rostro descubierta”) desfilaron las alegorías de las cuatro partes del mundo (Europa, Asia, África y América)<sup>45</sup>, las cuales se someten gustosas a los dos nuevos santos jesuitas:

Sujetas a su poder  
y a su valor sin segundo,

43 Pérez de Rivas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe*, lib. XII, cap. 12, p. 742.

44 Alonso Asenjo, “*No se podía haber más*: Relaciones de las fiestas por la canonización de Ignacio de Loyola y Francisco Javier en México (1622) y Puebla (1623). Texto crítico, paleográfico y anotado”.

45 Para el estudio de este preciso cuaternario iconográfico remito a Zugasti, *La alegoría de América en el barroco hispánico: del arte efímero al teatro*, pp. 53-70.

se vienen hoy a ofrecer  
 al gran Ignacio y Javier  
 las cuatro partes del mundo.

Nos interesa aquí lo relativo a América, simbolizada toda ella en la figura de Moctezuma:

Seguíase tras deso la América, que representaba uno de nuestros estudiantes, el cual en esta ocasión hiso gastos excesivos, como se irá viendo, porque representó a Montesuma, emperador desta tierra, a quien acompañaban seis reyes sujetos a su imperio [...]. Delante de los seis reyes iban más de cincuenta de sus vasallos ricamente aderezados, pues ninguno dellos dejaba de llevar en la tiara muchas piasas y joyas de oro. Iban con tilmas de varios colores y muchas de espolín y flores de plata. Llevaban en las manos flores contrahechas al modo de sus bailes; otros, macanas, que son armas de que ellos usan; otros, instrumentos músicos de sus bailes. Iba después de todo este acompañamiento, en medio, Montesuma, emperador de esta tierra, vestido a su usanza [...]. Llevaban en medio un águila sobre un tunal, que tenía en la boca y mano derecha asida una culebra; iba en medio de una laguna grande pintada muy al propio con muchas embarcaciones desta tierra, tules, patos y garsas y otras aves y cosas propias de la laguna. Tenía este artificio de alto sinco varas; movíase secretamente con sus ruedas. Habiendo, pues, llegado a vista de los santos, habló el rey desta manera:

Pues sois águilas los dos  
 de tan encumbrado vuelo,  
 hoy remontadas al cielo  
 halláis cielo par de Dios;  
 y en el Sol divino fijos,  
 teniendo el alma a los ojos,  
 a coger ricos despojos  
 enseñáis a vuestros hijos.  
 Razón es que, aunque mi pluma  
 alabaros no meresca,  
 hoy el águila os ofresca

de sus armas Montesuma,  
que pues mi indiano hemisferio  
os deba tanto, bien es  
ofresca yo a vuestros pies  
con el águila mi imperio.  
Della a los dos hago entriego,  
y de mi afición con ella:  
si es de fuego toda ella,  
es porque ambos sois de fuego<sup>46</sup>.

La máscara prosiguió su curso con nueve coros de ángeles encaramados en otros tantos carros triunfales, seguidos de otro carro con los dos santos jesuitas, que iban acompañados de “los principales reinos, provincias y ciudades donde [...] anduvieron”. Especial atención nos merece el Imperio Mexicano, el cual “llevaba delante un mitote de indios adherados a su usansa, llevando uno dellos un águila grande sobre un tunal, que son sus armas, de rica plumería, bailando al son de un *teponastle*”<sup>47</sup>.

Un mes más tarde (enero de 1623) le llegó el turno de festejar la doble canonización de san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier a la ciudad de Puebla de los Ángeles. El domingo 8 de enero, tras la procesión y rezo de misa y vísperas:

Se descubrió en nuestra plazuela un general mitote de los naturales de Cholula, con la más rica plumería que hay en este reino [...].

A la tarde [lunes 9 de enero], después de las solemnes vísperas, que cupieron a los Padres de Santo Domingo, en un tablado que se levantó en la capilla mayor, con variedad de música, se resitó un curiosísimo coloquio entre las siete artes liberales, rematándole con ingeniosa danza, al cual se siguió un numeroso y lucidísimo mitote de venticuatro mexicanos con su emperador Montesuma,

46 Alonso Asenjo, “*No se podía baser más*”, pp. 36-45. Modernizo las grafías sin relevancia fonética, aunque preservo peculiaridades del texto como el seseo.

47 Alonso Asenjo, “*No se podía baser más*”, p. 62.

todos tan bien vestidos que lo menos eran telas, espolines de oro y plata, las diademas con jesuses de joyas y perlas. Dansaron por largo espacio y, habiendo paresido al señor Alcalde Mayor corto el del tablado para tan gran número, se mandó prosiguiese, como se prosiguió, en el patio de los Estudios, hasta que dio la oración, en que comensaron los fuegos de esta noche [...].

Este día [11 de enero] hubo un coloquio con variedad de buenas y lucidas dansas; el colloquio fue el de la galera *Triunfo de la Religión*, consagrado a nuestro Padre San Ignacio, en que hubo mucho que ver y que reír, principalmente en unos donosos grumetillos [...].

Salió al tablado [12 de enero], al son de un clarín y chirimías, don Fernando Cortés, marqués del Valle, con la Señoría de Tlascala acompañada de sus grandes en cantidad, muy al natural y costosamente vestidos. Llevaba Cortés guardia de arcabuseros españoles, que todo engendraba variedad, sentados en sus sillas con muchos comedimientos. Cortés y la Señoría de Tlascala representaron en buena poesía la entrada que hicieron el Marqués y sus compañeros en Tlascala, diciendo él propio en persona que estos reinos por sí conquistados serían nuevo ser por S. Ignacio y sus hijos. Remataron la fiesta con una dansa de diestros dansantes, a su usansa. Después desta salió otra no menos buena de gallardas ninfas [...].

Se representó [13 de enero] la entrada de S. Xavier en el Japón a plantar la fe; colloquio muy para ver por su levantada poesía, aparato y bizarría. Rematose todo con tres buenas dansas; a la noche se quemó un muy gran castillo [...].

Salieron al tablado [14 de enero] las cuatro partes del mundo en riña y competencia de Xavier. Dio sentencia la Cosmografía, que todos tenían parte igual en el Sancto, y que así le festejasen con saraos y dansas, como se hizo [...].

A hora de las tres [16 de enero] se representó, con gran muchedumbre de gente, un breve y curioso coloquio del sancto Luis [Gonzaga],

en que a vueltas de sus alabansas se dieron las gracias a los dos cabil-  
dos y religiones; todo en buena poesía, en que se dio fin a las fiestas<sup>48</sup>.

Medio siglo después (enero-febrero de 1672) los jesuitas volverían a hacer gala de su poder de convocatoria y capacidad organizativa al hilo de la reciente canonización de san Francisco de Borja (1671), fundador de la Provincia Mexicana de la Compañía, la cual cumplía sus primeros cien años de existencia. De nuevo en la capital del virreinato, hubo certamen poético, desfile de carros triunfales en dos máscaras complementarias (una grave y otra faceta), octavario con misas, sermones, procesiones, etc. He aquí algún detalle de cómo transcurrió la máscara grave el domingo 7 de febrero de 1672:

A los atabales y ministriles de la ciudad seguía la primera cuadrilla de los mexicanos, y habiendo llegado con el concierto y galantería que ya se dijo al puesto determinado de recitar su loa para hablar en nombre de todos, su poderoso monarca Moctezuma se encaró con el sol, prorrumpiendo con lindo aire y tono en estas métricas voces:

Ardida pompa de incendios  
que, antípoda de la noche,  
cuando en las aguas te copias  
mientes en un sol mil soles;  
planeta brillante a quien  
por monarca reconocen  
las campañas cuando vibras  
de tus rayos el estoque;  
perdone el que diestro juegas  
montante de resplandores,  
y la rueda en que devanas  
tanto rosicler perdone,  
porque hoy apunta flamante  
por el hispano horizonte

---

48 Alonso Asenjo, “No se podía baser más”, pp. 21-27.

otro sol que ha de sacarte  
a la cara los colores.

Ya es pausada tu carrera,  
tardío es ya tu flegonte,  
que aunque son de buey sus pasos,  
más que tú el de Borja corre:

él no conoce a las sombras,  
tú alternas las de dos orbes;  
él no sabe qué es ponerse,  
tú cada día te pones.

Ni por tus lumbres te pase  
ladearte con su coche,  
porque hallarás en sus rayos  
lo que en los tuyos Faetonte.

Coteja tu ardiente llama  
con la suya y dile a voces  
que él solo supo lucir  
entre tus claros borrones.

Mi nación por hijos tuvo  
de el Sol a los españoles,  
y hoy con mi nación venero  
ciertas sus aprehensiones.

De tu eclíptica son rayos  
sus hijos, cuando veloces  
sagradamente iluminan  
mis retiradas regiones.

Ea, América, en quien siempre  
nobles reinan pundonores,  
ardientes víctima piras  
en rendidos corazones.

Ea, ilustres mexicanos,  
vuestra lengua se remonte  
clamando con toda el alma:  
¡viva nuestro santo héroe!<sup>49</sup>

<sup>49</sup> Anónimo, *Festivo aparato*, fols. 14v-15r.

Si abandonamos el ámbito jesuita y nos centramos en la sociedad civil, se percibe de inmediato un proceso de generalización en los divertimentos públicos de las danzas, mitotes o tocotines de indios, los cuales fueron asimilados e imitados muy pronto por la sociedad criolla en sus refinados juegos de máscaras e invenciones. Así, por ejemplo, el 18 de junio de 1617 los poblanos festejaron con una máscara la prórroga o renovación del oficio de virrey en la persona del marqués de Guadalcázar. El gremio de sederos de Puebla, representado por sus alcaldes y veedores Juan Bautista Ruiz, Alonso Ruiz Bueno y Pedro Camacho, se llevó como premio un jarrón de plata por haber sacado la mejor invención de todas: el título fue *La embajada del emperador Moctezuma*<sup>50</sup>. Mientras tanto, en la capital, dos diaristas tan meticulosos como Gregorio Martín de Guijo y Antonio de Robles levantan acta ocasional de nuevos fastos ciudadanos:

- 7 de mayo de 1651: “Salió una lucida máscara de indios, Moctezuma y Cortés, moros y el gran Turco, vestidos costosamente”<sup>51</sup>.
- 5 de mayo de 1658: “Salió [...] un número grande de estudiantes a lo faceto y ridículo [...], cada nación en su carro ridículo; y acabado, se siguió la nación mexicana y Moctezuma y Malinche”<sup>52</sup>.
- 8 de diciembre de 1676: “Salió las máscara con más de doscientos hombres y trescientos lacayos [...]. Salieron cinco carros, el último de los plateros de plata, que se llevó la gala; salieron de la plazuela del Rastro a la plazuela del Volador”<sup>53</sup>.
- 24 de octubre de 1700: canonización de san Juan de dios, con una procesión encabezada por “gigantones y matachines, bailando danzas a lo romano y otras a lo mexicano”. La situación se repitió en su octava, domingo 31 de octubre de 1700: “Hubo dos cuadrillas de danzas, una al uso romano y otra mexicano”<sup>54</sup>.

A título ilustrativo, concretaremos un poco más las referencias de 1658 y 1676. En el primer caso, la sociedad novohispana celebró por

50 *Actas del cabildo de Puebla*, libro 15, documento 219, asunto 3 (20 de junio de 1617).

51 Guijo, *Diario*, vol. I, p. 156.

52 Guijo, *Diario*, vol. II, p. 95.

53 Robles, *Diario*, vol. I, p. 205.

54 Robles, *Diario*, vol. III, pp. 119 y 127-128.

todo lo alto el nacimiento de un heredero de la corona: Felipe Próspero (Madrid, 28 de noviembre de 1657). En breve plazo se redactó y publicó el acostumbrado resumen de las fiestas al cuidado de Gaspar Fernández de Castro: *Relación ajustada, diseño breve y monte sucinta de los festivos aplausos con que desahogó pequeña parte de los inmensos júbilos de su pecho en la regocijada nueva del feliz nacimiento de nuestro deseado príncipe don Felipe Próspero* (México, Juan Ruiz, 1658). El texto dedica un apartado completo a describir los “bailes de los indios naturales que, a la antigua usanza de sus reyes y gentilidad, celebraron por tres días” (fols. 9v-11v), a saber: 28, 29 y 30 de abril de 1658:

A las dos de la tarde [28 de abril] vino la comunidad de los mexicanos y, entrando en el patio principal del palacio, cuyos balcones coronaban sus excelencias, comenzaron a tejer la varia entretenida tela de su célebre tocotín. En este presidía un indio que, en lo agigantado del cuerpo y en el señorío de su persona, quietaba los apetitos de ser reverenciado de sus vasallos al gran monarca Moctezuma, cuya persona hacía en esta representación. Venía vestido de un sayete y calzón abierto, todo bordado de plumas azules y pajizas. Pendíanle de los hombros, afianzadas con dos bien dispuestas rosas, tres tilmas o mantas de oro y seda que, formando un bellissimo arco iris, representaban el manto militar que usaban los romanos. En la frente traía un copile, que es a modo de tiara, adornado de muchas perlas y joyas. En el brazo izquierdo un gran *quetzal* o brazalete sobredorado, de donde en forma de penacho se remontaban verdes albahacas de plumas. Y para señal de su arrogancia una flecha de vara y media en la mano derecha, desmintiendo con esta insignia –paro legítimo de su valor– la blandura de condición que la dopción bastarda de sus leves plumas acreditaba.

A este acompañaban cien indios vestidos a su antigua usanza, de varios géneros y colores, sin desdeir ninguno en la plumería verde ni en la riqueza de los copiles. Nueve dellos representaban a otros tantos reyes que tuvieron los mexicanos, y los demás a los caciques más afamados de su gentilismo. En habiendo bailado estos al son de su *teponaztli*, tambor, flautas y *ayacaztliz*, salieron a reconocer su puesto en la plaza real, enfrente del balcón principal de palacio.

De la misma cabecera se dispuso otra danza que formaban nue-

ve niños naturales, representando a los nueve reyes mexicanos. A estos –al fin como reyes, aunque en la apariencia– se les dio licencia para subir al salón anchuroso de palacio, donde asistieron sus excelencias, que gustaron mucho, no solo del adorno exquisito que excedía mucho al de sus padres, sino también de la donosura de los niños, ponderando discretos, que también a lo tostado del color sabe estender su jurisdicción la hermosura. El niño que presidía a los demás traía por divisa una corona imperial, una cadena de oro al cuello y una vistosa banda. Danzaron todos con mucho compás y destreza al son de arpa, vigüela, *teponaztli* y otros instrumentos de su gentilidad<sup>55</sup>.

Otros grupos de naturales procedentes de Santiago Tlatelolco, Tezcoco, Xochimilco, Tacuba, Azcapotzalco y Tenayuca prosiguieron los bailes y danzas, que se repitieron sin descanso durante dos días más (29 y 30 de abril). Hubo además dos mascaradas, una grave y otra faceta. Esta última salió el domingo 5 de mayo y, tras los varios “entremeses” que ejecutaron las cuadrillas con ecos del *Quijote*, *Celestina*, etc., le tocó el turno al “Mexicano Imperio”, representado por un niño cuyo traje “estilaba la barbaria de los señores de México, con cacles, calzón ancho, tilma, quetzal con plumas verdes y copile, todo con muchas preseas. Llevaba por guion la noble divisa de la Imperial México, que es una caudal águila entronizada sobre un verde tunal”. Le acompañaban treinta niños más “disfrazados en el mismo traje” y una reina “que llamaron la *Malimche*: hacía-la un niño con mucha propiedad”, el cual llevaba un tocado “que llaman *maztlaguas*, y viene a ser dividir el cabello por en medio, derribándolo en dos desafíos y recogéndolo antes de llegar a los hombros, para remarcar el último lazo [...]. Todos hacían demostración de vasallaje a la Potencia Española, que sucedía después en otro acompañamiento”<sup>56</sup>.

Muy pronto los gozos se trocaron en lutos, pues el joven heredero falleció en 1661. Pasaron los años y en 1676 el nuevo rey,

55 Fernández de Castro, *Relación ajustada*, fols. 9v-10r.

56 Fernández de Castro, *Relación ajustada*, fols. 22r-23v.

Carlos II –hermano del finado– alcanzó su mayoría de edad. En esta ocasión el encargado de relatar los fastos fue Alonso Ramírez de Vargas: *Sencilla narración, alegórico fiel trasumpto, dibujo en sombras y diseño escaso de las fiestas [...] de haber entrado el rey nuestro señor, don Carlos segundo [...] en el gobierno* (México, Viuda de Bernardo Calderón, 1677)<sup>57</sup>. El 6 de noviembre (natalicio de Carlos II) hubo en el palacio virreinal sarao y comedia. A continuación la Ciudad de México prolongó los regocijos con dos máscaras: nos interesa la segunda, que salió el 8 de diciembre de 1676. Los gremios de confiteros y cereros se encargaron de sacar a la calle la representación de América en un carro triunfal, vestidos todos ellos “a ejemplo y gala del memorable Moctezuma”<sup>58</sup>. Los indios naturales adquirieron gran protagonismo, pues desfilaron veinte provenientes de Santiago de Tlatelolco y un centenar de Xochimilco:

Otros ciento vinieron de la ciudad de Xuchimilco, que iban delante de Moctezuma. Unos, desnudos con carcajes al hombro, arcos y flechas en las manos. Otros, cargados con leones, *tlacomistlis* [‘ocelotes’], tejones y varios animales de la tierra. Otros –empuñadas las macanas–, vestidos en forma de águilas, tigres, osos, etcétera, causando deleitable horror lo vivo de semejantes transformaciones. Otros llevaban instrumentos como *teponaztlis*, tamborcillos, sonajas, pitos, *ayacatstlis* [una variedad de sonajas], a cuyo son iban danzando con un modo de acometidas y retiradas militares; enfureciéndose alborozados a los incitantes ecos de los adufes y zampoñas, para las que ya parecían verdaderas invasiones, asaltos, combates y escaramuzas<sup>59</sup>.

He aquí algún detalle más del carro triunfal: “La América iba sentada en el trono (hacíala un niño con mucha propiedad), vestida de

57 Dalmacio Rodríguez Hernández publica la relación completa en *Texto y fiesta en la literatura novohispana (1650-1700)*, México, UNAM, 1998, pp. 189-267.

58 Rodríguez Hernández, *Texto y fiesta en la literatura novohispana*, p. 249.

59 Rodríguez Hernández, *Texto y fiesta en la literatura novohispana*, p. 252.

un rico güipil, que es en forma de hungarina [‘casaca’], tejido de sedas de varios colores, oro, plata y pluma blanca; llevaba en lugar de *maztlakuas* –que es dividido el cabello, recogiénolo un lazo antes de llegar a los hombros– un copile lleno de perlería y joyas; con una pluma en la mano, sustituyendo el abanillo”<sup>60</sup>. El personaje de América recitó una loa (cuatro octavas reales), compuesta al efecto por el bachiller Blas de Aguirre, tras la cual “volvieron a animar los sonoros instrumentos tocando el son memorable del *tocotín*, que bailaba Moctezuma, a cuyo compás [...] salieron danzando seis niños en trajes de indios, costosísimamente aderezados (mostrándolo en pechos y copiles, joyas y perlas de subida estimación), con tanto donaire y ajuste que se señaló esta entre todas las cosas singulares que en todas las fiestas se notaron”<sup>61</sup>.

Añadiré un último testimonio del siglo XVII procedente de Querétaro, donde en 1680 se dedicó un templo al culto de la Virgen de Guadalupe, fastuosa ocasión narrada por Sigüenza y Góngora en las *Glorias de Querétaro en la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe* (México, Viuda de Bernardo Calderón, 1680). Allí se ejecutó una máscara formada en su totalidad por indios: “Para que en esta ocasión se esmerase únicamente el singular cariño que a esta Señora tienen los naturales”<sup>62</sup>. La máscara se componía de cuatro “trozos” o segmentos:

- “Una desordenada confusión de montaraces chichimecos” que “horrorizaban a todos con algazaras y estruendos”<sup>63</sup>.
- Una compañía de infantería formada por 108 mancebos adornados con galas “a la española”<sup>64</sup>.

60 Rodríguez Hernández, *Texto y fiesta en la literatura novohispana*, p. 260.

61 Rodríguez Hernández, *Texto y fiesta en la literatura novohispana*, p. 262.

62 Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, p. 47.

63 Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, p. 47.

64 Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, p. 47.

- Los integrantes de la parte principal salieron vestidos a “la antigua” (esto es, al modo indio), en representación de los reyes indígenas, en especial de los seis últimos reyes de Tezcoco, de los cuales la mitad de ellos conocieron a Hernán Cortés: Moctezuma, Xocoyotzin y Cuauhtemoc: “Adornábanse las cabezas de todos con el *xiubtzolli*, que era divisa propia del señorío [...], no faltándoles la estimable trenzadera del *quetzaltlalpiloni* ni los vistosos plumeros”. Tras ellos salió Carlos V, “en quien recayó la occidental monarquía con que extendió su dominio desde la boreal Alemania hasta el americano occidente”<sup>65</sup>. Siguió un carro triunfal donde iba la imagen de la Virgen de Guadalupe, con seis ángeles, “y arrodillada en lo ínfimo de las gradas una hermosísima niña adornada con los atavíos indianos, en que se ideaba no tanto la América en lo común, cuanto con especialidad estas provincias septentrionales que llamó la gentilidad Anahuac”<sup>66</sup>.
- La cuarta porción de la máscara la formó un “toncontín mexicano” que desfiló “en torno del triunfal carro”. Si de ordinario los bailarines se visten “con todo esmero, ¿qué sería ahora en ocasión tan plausible?”, se pregunta el relator. Salieron “algunos venerables ancianos que, al son del *tlalpanbuehuatl* y *teponaztli*, a que acompañaron el *omichicabnaztli*, *ayacaztli*, *cuauhtlapitzalli* y otros semejantes instrumentos propios de su nación, referían las alabanzas de la santísima Virgen en cultos cánticos de elegantísimo estilo. Con esta grandeza discurrió algunas horas por los conventos y principales calles de la ciudad, recitándose en aquellos algunas loas en que manifestando el regocijo común, se descifraba el motivo de tanta fiesta”<sup>67</sup>.

El siglo XVIII continúa imparable el proceso de generalización de las danzas, tocotines o máscaras relativos a Moctezuma que tratamos de inventariar [imágenes 17 y 18]. En febrero de 1713 la corte virrei-

65 Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, p. 49.

66 Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, p. 50.

67 Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, p. 51.

nal se apresta para celebrar el natalicio de un nuevo infante (Felipe Pedro, 1712-1719), hijo del rey Felipe V. El autor de la relación fue el agustino Joseph Gil Ramírez: *Esfera mexicana, solemne aclamación y festivo movimiento de los cielos, delineado en los leales aplausos que al feliz nacimiento del serenísimo señor infante Felipe Pedro [...] consagró [...] la [...] Ciudad de México* (México, Viuda de Miguel de Ribera, 1714). Fueron trece días de festejos con desfile de carros, recitado de loas y poemas, procesiones, toros, peleas de gallos, fuegos... El último día dos carros recorrieron las calles de México: uno elaborado por el gremio de los coheteros y los niños de la escuela, y otro de los indios naturales del barrio de Tlatelolco. Nos interesa este último:

Tocó el segundo carro a los naturales de Tlatilolco, que si no lo sacaron rico, lo costearon decente. En el centro venía un león en representación de el Infante, portentoso augurio de que en años venideros ha de ser este león castellano no solo inexpugnable defensa de España, sino católica guarda de los templos. Precedíale numerosa muchedumbre de bárbaros, no vestida a lo galán, como mexicanos, sino a lo inculto desnudos, como chichimecos, pintados como acostumbraban, con aljaba al hombro, arco embrazado y volantes flechas<sup>68</sup>.

Llegó el [carro] de los naturales: bajó la danza de pluma, que ocupaba su buque ['era muy grande']; subieron a la sala del real palacio donde, habiendo danzado compasados y airosos el majestuoso y grave son de su antiguo tocotín, hallaron en el excelentísimo señor virrey duque de Linares, cariño con que aplaudió su lealtad y liberalidad con que premió su fineza.

En el entretanto, el carro esperaba en la plaza. Venía este rico, con abundante provisión en una oculta despensa de comidas a la usanza de estos indios [...]. Abriose la despensa y las indias que venían destinadas para esto empezaron a dar a manos llenas. Pero les faltaban para dar, por los muchos que llegaban a recibir<sup>69</sup>.

68 Gil Ramírez, *Esfera mexicana*, fol. 60v.

69 Gil Ramírez, *Esfera mexicana*, fol. 62r.

Habían soltado antes corredores conejos y voladores pájaros que en la cueva de el monte traían escondidos. Volaban los pájaros a las manos de unos, metíanse los conejos entre los pies de otros y, porfiando todos, unos a alcanzar lo que volaba y otros a seguir lo que corría, levantaron un alboroto tan festivo en el concurso, que todo era algazara, risa y júbilo. Entró la noche y con ella espiró el día. Se acabó el festejo de la tarde y se dio fin a las más plausibles y magníficas fiestas que ha celebrado esta corte<sup>70</sup>.



Imagen 17: Desposorio indígena, con mitote (Biombo: Los Angeles County Museum of Art).

Imagen 18: El volador, con mitote (Biombo: Madrid, Museo de América).

Nótese que en esta ocasión el típico baile de los indios se denomina “danza de la pluma”, nuevo término que debe asociarse a los ya conocidos de areito, mitote, tocotín, invención, máscara. Formas variadas todas ellas de representar la historia de Moctezuma y Hernán Cortés en clave dancística; manifestaciones artísticas que evolucionan con el correr de los siglos, pero que conservan su esencia y son perfectamente identificables. A partir del siglo XVIII se generaliza el

<sup>70</sup> Gil Ramírez, *Esfera mexicana*, fol. 62v.

marbete *danza de la pluma* (por el lucido uso de plumas y penachos), que alterna con otros como danza de la conquista, de la Malinche, de los concheros, de chichimecos (o su apócope ‘mecos’), de Moctezuma, de Santiagos, de moros y cristianos..., y que en muchos casos son danzas aún vivas en el folclore de nuestros tiempos<sup>71</sup>.

Si más arriba hablábamos de la literaturización del tocotín y su inserción en diversos espectáculos teatrales, lo mismo cabe decir de la danza de la pluma a partir del siglo XVIII. Citaré apenas dos ejemplos ilustrativos: el *Coloquio alegórico guadalupano* se cierra con esta danza, precedida del acostumbrado canto:

Venid, americanos,  
venid corriendo  
a oír la feliz noticia  
que os trae Juan Diego<sup>72</sup>.

La *Comedia famosa de la sagrada aparición de nuestra Señora de Guadalupe* se sirve de la misma danza un par de veces: en el cuerpo de la segunda jornada y al final de la comedia; en ambos casos se entonan estos típicos versos del tocotín:

Llegad, mexicanos,  
venid a aplaudir  
de las dichas vuestras  
el día más feliz<sup>73</sup>.

71 Mendoza, “La Danza de la Conquista”; Matos Montezuma, “La danza de *Los Montezumas*”; Warman Gryj, *La danza de moros y cristianos*; Momprade y Gutiérrez, *Danzas y bailes populares*; Jáuregui y Bonfiglioli, *Las danzas de conquista*; Aracil, “La Danza de la conquista en México: ¿recreación o reelaboración de la historia?”; Zugasti, “La Danza de la conquista de Cuilápam (Valle de Oaxaca), restos de un manuscrito perdido”. Tampoco faltan algunas prohibiciones recientes: “Todavía en el año de 1920 el arzobispo de Panamá, monseñor Vázquez, tuvo que negar autorización para que se representase en el atrio de las iglesias la famosa *Danza de Moctezuma*. Los ancianos del interior panameño recuerdan haberla visto representar en el mismo templo en su nave central” (Saz, *Panamá y la zona del Canal*, p. 146).

72 Fiallega, *Historia del teatro guadalupano a través de sus textos*, pp. 517 y 523.

73 Fiallega, *Historia del teatro guadalupano a través de sus textos*, pp. 182-183.

Venid, mexicanos,  
cantad y aplaudid  
de las dichas vuestras  
el día más feliz<sup>74</sup>.

Además, en otro pasaje de la comedia se habla de dar agradecimiento con “danzas de pluma, / las que cuando Moctezuma / imperaba esta ciudad / fueron para tu deidad / demostraciones de culto”<sup>75</sup>.

Aun a riesgo de pecar de prolijos, aduciremos un nuevo ejemplo de tocotín festivo en los júbilos por la canonización de san Juan de la Cruz que organizó la orden carmelitana durante veinticinco días seguidos (enero-febrero de 1729), con profusión de “repiques de campanas, procesiones, danzas, cabalgatas, carros triunfales, representaciones dramáticas, misas, diversas manifestaciones poéticas, arcos triunfales, fuegos pirotécnicos, adornos en las fachadas de los edificios, corridas de toros y demás elementos festivos”<sup>76</sup>. Memoria de todo ello queda en el magno volumen recopilado por J. I. Jiménez de Bonilla, J. F. de Ozaeta y Oro y J. F. de Aguirre y Espinosa: *El segundo quince de enero de la corte mexicana. Solemnes fiestas [...] a la canonización del místico doctor San Juan de la Cruz* (México, Joseph Bernardo de Hogal, 1730), con más de 700 páginas de texto. Aunque proliferaron los fastos criollos, también hubo espacio para los indios naturales. El 14 de enero de 1729 discurrió por las calles un “paseo” en el que lucieron las cuatro partes del mundo: la nación americana se personificó en un “rey indio con diez acompañados [...], con los vestuarios que usan en las danzas, con cupiles en la cabeza [...], perlería y joyas, y atrás con un garboso penacho”<sup>77</sup>. Al final del libro se da lugar preferente a hablar de las danzas, con expresa mención del tocotín de Moctezuma:

74 Fiallega, *Historia del teatro guadalupano a través de sus textos*, pp. 245-246.

75 Fiallega, *Historia del teatro guadalupano a través de sus textos*, p. 174.

76 Rodríguez Hernández, “Procedimientos retórico-emblemáticos en el *Certamen académico* por la canonización de san Juan de la Cruz”, p. 242.

77 Jiménez de Bonilla, *El segundo quince de enero*, pp. 243-244.

Hubo también tres garbosísimas danzas de muy diestros bailarines [...]. La más celebrada y principal fue la que vulgarmente llaman en este reino *tocotín*, por ser el baile con que los antiguos naturales de él celebraban a su emperador y monarca Moctezuma, y en que también cantaban los más graves caciques sus historias, para que de esta suerte pasasen de padres a hijos los sucesos más notables de sus antiguas tradiciones<sup>78</sup>.

A continuación se describe con cierto detalle la vestimenta de los danzantes y alguno de sus pasos, en lo cual no incidiré al ser materia conocida, excepto por el énfasis que pone el texto en el uso de máscaras: “En la cara usan unas máscaras muy propias y bien ajustadas, representando el gesto de aquellos famosos indios que fueron reyes en el tiempo de la gentilidad”<sup>79</sup>. Por el *Diario del viaje a la Nueva España* de Ajofrín sabemos que las danzas y tocotines seguían en plena vigencia en las últimas décadas del siglo: “Conocí a un indio que tocaba al arpa con gran primor los bailes de Moctezuma, los sones de los tlaxcaltecos y otros que usaban en tiempo de la gentilidad, como el *solsipichugue*, los *tocotines*, los *xules*, etc.”<sup>80</sup>.

### Danzas de indios versus danzas de negros y mulatos

Después de todo lo dicho parece ocioso insistir en el placer que sentía la sociedad colonial al contemplar las depuradas danzas de indios, máxime cuando estas se integraban con gran éxito tanto en fiestas de carácter religioso (Corpus Christi, canonizaciones, erecciones de santuarios) como civil (entradas de virreyes, juras reales). Una mirada –siquiera parcial– a los libros de actas de los cabildos ciudadanos de México y Puebla nos ayudará a calibrar mejor tal fenómeno. Espigo algunos datos de interés, empezando por la destacada figura de don Diego de Mendoza, indio principal de Zumpahuacán<sup>81</sup> (en el actual

78 Jiménez de Bonilla, *El segundo quince de enero*, p. 697.

79 Jiménez de Bonilla, *El segundo quince de enero*, p. 698.

80 Ajofrín, *Diario*, p. 196.

81 Este Diego de Mendoza llegó a ser gobernador de Zumpahuacán en 1591. No confundirlo con su homónimo, el famoso Diego de Mendoza Austria Moctezuma, quien había fallecido en 1562 (Castañeda de la Paz, *Verdades y mentiras en torno a don Diego de Mendoza Austria Moctezuma*, pp. 40-44).

Estado de México), máximo responsable de los danzantes de su localidad a fines del siglo XVI:

El señor comisario Gaspar de Valdés dé sus libranzas de los premios de las danzas de la fiesta del Corpus Christi para el mayordomo, que pague a los negros 24 pesos, los horneros indios 20 pesos, las pelás y gitanos 50 pesos, don Diego el de Cimpanguacan, lo que se le dio el año pasado [17 de junio de 1594]<sup>82</sup>.

Se ordenó de palabra que se supiese lo que se suele dar a don Diego de Mendoza, de Sumpahuacan, se le dé y pague, y el escribano dijo que había pagádosele los años pasados sesenta pesos y doce fanegas de maíz; mandó la ciudad que se libren y paguen al dicho don Diego de Mendoza los sesenta pesos y doce fanegas de maíz para las danzas que hizo la fiesta y otava, para que se pague de propios [22 de junio de 1596]<sup>83</sup>.

Se pague a los indios panaderos que sacaron danza la fiesta del Corpus, veinte pesos de oro común [28 de junio de 1596]<sup>84</sup>.

El señor Jerónimo López dijo que la fiesta y procesión del día de Corpus Christi le parece se haga según y conforme se hizo el año pasado, que fue que salgan danzas y los gigantes y pelás y las danzas de gitanos. Y los indios saquen sus danzas como lo tienen de costumbre, y salgan todas las cofradías, pregonándose para ello que ninguno falte, con pena que se les ponga. Y se adornen y cuelguen las calles [18 de abril de 1600]<sup>85</sup>.

En esta última sesión, los cabildantes se lamentan de que el año anterior (1599) no hubieran sido capaces de celebrar al Santísimo Sacramento como se merecía, y se recordó en sesión pública cómo

82 *Actas de cabildo de México*, libro 12, p. 57.

83 *Actas de cabildo de México*, libro 12, p. 286.

84 *Actas de cabildo de México*, libro 12, p. 286.

85 *Actas de cabildo de México*, libro 14, p. 101.

el virrey Luis de Velasco (1590-1595) puso especial empeño en honrar la fiesta con el máximo boato, y pedía que en los fastos se añadieran

[...] unas danzas de españoles, y mandó que la comedia se le comunicase, y mandó que [en] la octava se hiciera otra comedia diferente, y que de su parte hablase al cabildo para que cada día hobiese villancicos, y mandó venir los indios de Zumpaguacan, y les mandó traer vigüelas de arco y que hiciesen danzas todos los días, y que desde la mañana hasta la noche los ocho días estuviesen tañendo sus vigüelas y cantando, y mandó a la ciudad les pagase, y mandó traer todos los indios de los alrededores músicos hasta los de Huejocingo [18 de abril de 1600]<sup>86</sup>.

Por último, un miembro del cabildo (el citado Gaspar de Valdés) pide que se “mande llamar a los indios de Zumpaguacan y a los demás, como se ha hecho, y salgan los gigantes, pelás, danzas de españoles y de negros y indios, y los animen, y se pongan premios” [18 de abril de 1600]<sup>87</sup>.

En 1608 los contratados fueron los nativos de Malinalco y Acolman, con “danzas e invenciones de fuego, música continuada todo el octavario, de los indios de Malinalco y Aculma, y qu’esta cantidad deste gasto no pase de quinientos pesos” [17 de marzo de 1608]<sup>88</sup>. En 1623 percibimos un nuevo intento de engrandecer la fiesta del Corpus con “cuatro danzas”, más gigantes y tarasca nuevos, sin faltar los altares callejeros, fuegos, salvas de artillería, trompetas, pelás, flores, colgaduras y un mitote [19 de mayo de 1623]<sup>89</sup>. Dos décadas después se ruega que “fuera de México vengan todas las danzas y mitotes que pareciera a la ciudad” [12 de abril de 1641]<sup>90</sup>.

86 *Actas de cabildo de México*, libro 14, p. 102.

87 *Actas de cabildo de México*, libro 14, p. 102.

88 *Actas de cabildo de México*, libro 17, p. 183.

89 *Actas de cabildo de México*, libro 25, p. 24.

90 *Actas de cabildo de México*, libro 32, p. 201.

Cabe presumir que en Puebla de los Ángeles pasaba lo mismo<sup>91</sup>. Observamos que al menos en 1616 y en 1661 los regidores no pudieron ajustar compañías de actores para representar las comedias, así que en su defecto se decidió reforzar las danzas de indios:

- 6 de mayo de 1616 (*Actas*, vol. 15, doc. 158, asunto 3): Se pide al gobernador de los indios que el día del Corpus Christi cada barrio haga tres danzas diferentes, pues ese año no había farsantes disponibles para hacer la acostumbrada comedia<sup>92</sup>.
- 18 de mayo de 1661 (*Actas*, vol. 25, doc. 98, asunto 2): Acuerdo para que salgan los gigantones y la tarasca en la fiesta de Corpus Christi. Asimismo haya tiros al salir la procesión (salvas de artillería) y danzas de indios.

Estas directrices contrastan abiertamente con las prohibiciones que —con cierta insistencia— se emiten contra las danzas de negros y mulatos. Veamos algunas de ellas atañaderas a Puebla de los Ángeles:

- 7 de abril de 1612 (*Actas*, vol. 14, doc. 319, asunto 3): Pregón que ordena a los negros y mulatos, libres o esclavos, no realizar juntas de cofradías públicas o secretas, ni estar en cantillos, ni hacer bailes o estar juntos más de tres por las calles.
- 9 de diciembre de 1616 (*Actas*, vol. 15, doc. 193, asunto 2): Acuerdo para que los negros y mulatos no se junten en la plaza pública u otro lugar a hacer danzas, bailes u otros ruidos, pues muchas veces a causa de ello se producen pleitos y enemistades, o los que son esclavos faltan al servicio de sus amos, lo cual se pregone.
- 18 de mayo de 1618 (*Actas*, vol. 15, doc. 271, asunto 2): Orden para que los negros o mulatos, libres o esclavos, no hagan juntas, danzas, bailes o juegos de sortija ni otros entretenimientos, secreta o públicamente.

91 *Actas de Cabildo de los siglos XVI y XVII de la muy noble y muy leal ciudad de la Puebla de los Ángeles*, CDROM.

92 Johnson, “El primer siglo del teatro en Puebla de los Ángeles”, p. 302.

- 22 de junio de 1618 (*Actas*, vol. 15, doc. 276, asunto 5): Se ordena que se pregone la ordenanza que prohíbe las danzas, juntas, juegos de sortija y otros entretenimientos de negros y mulatos, según disposición del virrey marqués de Guadalcázar.
- 27 de octubre de 1628 (*Actas*, vol. 17, doc. 124, asunto 7): Se pide al procurador de México, Juan Antonio de la Reguera, que envíe a esta ciudad la cédula que prohíbe a los negros y mulatos tener juntas, hacer juegos, bailes y otras cosas.
- 23 de septiembre de 1652 (*Actas*, vol. 23, doc. 111, asunto 9): Se impedirá que los negros y mulatos de la ciudad realicen una mascarada. Asimismo, un negro pidió licencia para hacer una danza el día de S. Miguel (29 de septiembre).
- 14 de agosto de 1653 (*Actas*, vol. 23, doc. 167, asunto 8): Acuerdo de la ciudad para que el señor Justicia Mayor no permita que los mulatos realicen la mascarada que solicitan.

## Danzas mexicanas en España y Europa

A partir del segundo tercio del siglo XVI proliferaron por España múltiples danzas, bailes y espectáculos parateatrales cuyo origen remite directamente al continente americano<sup>93</sup>. Están bien registradas diversas danzas con indios que recreaban el proceso de la conquista. La primera que localizo nos lleva a Salamanca en el año 1534, donde el documento dice que se hizo un *Auto de los indios y de los negros*<sup>94</sup>, pero que casi con toda seguridad se refiere a una danza con indios y negros, lo cual encaja bien con la cronología y el contexto, pues ese mismo año hubo otros autos (o sea, danzas) de vizcaínos, de serranos y serranas, y del turdión y la dama. A partir de aquí, afloran ejemplos en Toledo (1555, 1559, 1560, 1585),

93 En las páginas que siguen reutilizo algunos asertos míos publicados parcialmente en *La alegoría de América*, pp. 55-59.

94 Framiñán de Miguel, *El espectáculo dramático-festivo del Corpus en la Salamanca del Renacimiento*, p. 102.

Burgos (1570) o Madrid (1591, 1592, 1595, 1599)<sup>95</sup>. En la toledana villa de Borox (1608) se observa cómo los lugareños requirieron los servicios del alquilador de trajes Luis de Monzón para sus fiestas del Corpus; entre los atuendos que cita el documento original hay cuatro valonas para indios, con sus ropillas sueltas y mangas, plumas y arcos, junto a sus correspondientes rostros –o máscaras– de indios<sup>96</sup>. En Sevilla, según registra Sentaurens, fueron numerosísimas las danzas de este tipo que se exhibieron a lo largo de los años. Algunas de ellas remiten directamente a México: danza de *Moctezuma* (1592 y 1693), *Sujeción de los reinos de Nueva España* (1604), *Moctezuma e indios* (1636). En la relación de gastos para el Corpus de 1693 se especificaba lo siguiente:

La danza de Moctezuma se ha de componer de trece personas vestidas de raso de Valencia de diferentes colores, y se han de componer los dichos vestidos de enguarina y calzón, y una capa que ha de caer hasta las corvas, y mangotes blancos y calzones con sus encajes por abajo, y medias de seda de diferentes colores, y zapatos bordados, y un tocomate y una manopla emplumada, y cabelleras de lino y mascarillas, y cuatro arcos con tres flechas y alcarcajes para las flechas y sus coronas con cintas, y cuatro broqueles, cuatro alfanjes de palo y una silla para Moctezuma<sup>97</sup>.

Otras danzas ‘americanas’ son de índole más general: de *Los indios* (1570, 1593, 1597 y 1608), de *Amazonas e indios* (1573), de *Indios e indias* (1574 y 1586), de *Indios y negros* (1599 y 1600), de *Negros e indios* (1619), de *Indios y villanos* (1624). También las hay con títulos más explícitos: *La conquista de los indios con las amazonas* (1589), *La conquista de las Indias* (1583, 1610, 1613, 1625, 1629 y 1630), *La conquista de los negros e indios* (1634), *Los indios de la Araucana* (1638), *La Araucana* (1642), *Las fuerzas de Rengo* (1654), *Las naciones* (1598), *Las cuatro naciones* (1603), *Sarao de*

95 Sommer-Mathis, *El teatro descubre América*, p. 28; Zugasti, *La alegoría de América*, pp. 55-57; García García, “Máscaras en el vestuario de representación”, pp. 42 y 49-55.

96 Agulló y Cobo, “*Cornejos y Peris*”, p. 190.

97 Sentaurens, *Seville et le théâtre*, II, pp. 794 y 1199.

*las naciones* (1617, 1621 y 1640)<sup>98</sup>. Alguna de estas danzas reaparecerá el Corpus de Córdoba (*Los indios, Las naciones*), donde surge una nueva en 1601: *Los chichimecos y guacamayos*<sup>99</sup>. En estrecha relación con las danzas, pero con movimientos más acentuados –por lo cual muchas veces fueron tachados de pecaminosos–, llegaron a España diferentes bailes procedentes de América: el areito, el capuchino, la chacona, la gayumba, los indios, el retambo y el zambapalo son algunos ejemplos.

Todo esto certifica que a lo largo del siglo XVI se fueron incorporando al fasto español (y después al teatro<sup>100</sup>) rasgos provenientes del continente americano, sin tardar ya mucho en integrarse en dichos espectáculos episodios bélicos tan señeros como la derrota de Moctezuma y la consecuente conquista de México. Lances de este tipo pasaron automáticamente a formar parte del decorado de los festejos cívico-populares. La magna recopilación de *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España* (1903) llevada a cabo por Jenaro Alenda y Mira nos ofrece un dato temprano en Alcalá de los Gazules, año de 1571, donde los lugareños agasajaron a los duques de Alcalá y al marqués de Tarifa con “una muy gentil máscara de a caballo”, la cual un anónimo relator describe así:

Entró un truhán cantando en verso la prisión de Montezuma, de cuya representación era la máscara que se hacía. Estaban más de ducientos hombres encamisados y tocados como indios en el rincón de la plaza de palacio, donde estaba una tienda muy pintada que representaba la casa de Montezuma, y él dentro con sus caciques coronados. Allí llegó un embajador de parte del Capitán General don Hernando Cortés, y sobre muchas demandas y respuestas vino con ocho caballos y algunos soldados, y salió gran multitud de indios con Montezuma y sus caciques, retrayéndose unas veces los indios y otras los cristianos, con gran grito y alarido de los indios, hasta que algunos de los cristianos dispararon el artillería, cuyo fuego puso tanto temor en los indios que se desbarataron, y fue

98 Sentaurens, *Seville et le théâtre*, II, pp. 794 y 1171-1225.

99 Aranda Doncel, “Las danzas de la fiesta del Corpus en Córdoba”, pp. 176-179.

100 Zugasti, “América en el teatro español del Siglo de Oro: repertorio de textos”.

preso Montezuma, y subiéronle a las ancas del caballo del Marqués y así anduvieron dando carreras delante de palacio veinte de caballo con hachas en las manos y vestidos de muy buena máscara, y así se acabó la fiesta a las once y se entraron sus excelencias a cenar<sup>101</sup>.

Apenas un año después localizamos otra evidencia afín en una carta que M. Ruiz de Azagra envía a Felipe II (fecha el 26 de enero de 1572), donde resume los fastos madrileños del 23 de enero de 1672 por el natalicio del príncipe don Fernando (1571-1572), primogénito del rey:

Por el felice nacimiento del príncipe don Fernando se han hecho en esta corte, y delante de palacio, muchas fiestas y regocijos por los caballeros y oficiales de esta corte y villa de Madrid. El miércoles pasado, que fue día de santo Ildefonso, la hicieron los indios, los cuales salieron en número de cuarenta a caballo, a la jineta, muy bien y ricamente aderezados, con mucha chapería de plata y en traje algo a la indiana, con rodela de plata a los pechos y, en los brazos, cercillos por encima de los codos; y encima las frentes lunas asimismo de plata. Hicieron la entrada y salida acompañando al rey Motezuma y a su mujer, que fueron príncipes señalados en las Indias, y venían en sendas andas traídas por hombres vestidos como indios casi en número de ciento, todos con sus arcos y flechas muy en orden y vistosos. Fue una fiesta, allende de los aderezos y riqueza que sacaron, muy de ver, y muy concertada en las carreras que corrieron y cañas que jugaron, y a parecer y juicio de muchos, la mejor que se haya hecho muchos días ha en esta corte<sup>102</sup>.

Una máscara muy semejante a ésta se hizo en Segovia el 6 de septiembre de 1600 para festejar la entrada en la ciudad de Felipe III y la reina Margarita: “Fue una máscara de a caballo de indios, como se usaba en la gran ciudad de México en tiempo de Motezuma”. Entre los concurrentes iban “muchos indios y niños a pie”, destacando

101 Alenda y Mira, *Relaciones de solemidades y fiestas públicas de España*, I, núm. 266, p. 82. La relación anónima está fechada en Tarifa el 7 de octubre de 1571.

102 Velázquez, *Documentos para la historia de México en colecciones austriacas*, p. 134.

[...]un niño de hasta seis años en figura de indio, con mucho oro y perlas, caballero sobre un venado. Luego le seguía el rey Motezuma, al cual llevaban hasta diez y seis hombres en una silla o sitial tan alto como casi tres estados, muy rica, donde iba sentado y llevaba tres varas en la mano; la silla era muy galana y costosa y el rey llevaba sobre sí gran suma de riquezas de oro y perlas. Seguía-se luego detrás dél una compañía de arcabuceros, y en la retaguardia venía un capitán famosamente vestido y muy al natural, que era el gran Cortés que venció al rey Motezuma<sup>103</sup>.

Se ve claro que este lance de la prisión del emperador azteca, a base de repetirse, generó su propia “danza de Moctezuma”, la cual sobrevivirá desde finales del siglo XVI hasta, por lo menos, mediados del siglo XVIII. En las fiestas sevillanas por la entronización de Fernando VI (1747) se habla de una máscara donde salieron varias mujeres danzando, unas de “gitanitas” y otras de “mozas grandes”; todas ellas

Con gran primor danzaban,  
como indias de aquel tiempo,  
la danza de Motezuma,  
que era oírla gran recreo<sup>104</sup>.

Más allá de las fronteras españolas, el resto de Europa también se mostró receptivo a la contundente aparición de la nueva realidad geográfica y continental. En la temprana fecha de 1530 Francesco Pellegrino abre su libro de *La fleur de la science de poirstructure* (París, Jaques Nyverd) con una alegoría de América representada por una mujer con los pies encadenados, cargando un yugo (símbolo de la servidumbre) y con una inscripción que dice: “Exitus acta probat” (‘El fin justifica los medios’). La mujer cubre su desnudez con una túnica transparente; a su lado hay varias plantas extrañas que evocan

103 Alenda y Mira, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, I, núm. 459, p. 134.

104 Alenda y Mira, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, II, núm. 1979, p. 51. El espectáculo concluyó con un carro multicolor en el que estaban “Hernán Cortés y sus soldados rindiendo al emperador de México, Moctezuma”.

la exuberante vegetación del Nuevo Mundo. Las escuelas pictóricas de Florencia y Amberes propagan esta imagen –con leves variantes– por doquier, en cuadros y grabados salidos de las manos de Mostaert, Vasari, Zucchi, Stradano... que van fijando en el imaginario de los occidentales nuevas estampas del continente recién descubierto. La más conocida de todas es la que aparece en 1603 en la edición ilustrada de la *Iconología* de Cesare Ripa [imágenes 19 y 20].



Imagen 19: Francesco Pellegrino, *Alegoría de América* (1530).  
 Imagen 20: Cesare Ripa, *Iconología* (1603): *Alegoría de América*.

En línea con esto, el fasto cívico europeo se abre a la figuración de América y lo americano en mascaradas, desfiles de carros, fiestas nupciales, *tableaux vivants*... como los que recorrieron las calles de Florencia (1539, 1556), Amberes (1564), Stuttgart (1609), París (1612), Heidelberg (1613), por donde desfilaron las cuatro partes del mundo junto a grupos de las muchas naciones que lo pueblan (persas, turcos, zingaros, negros, indios...). Los indios americanos solían apa-

recer con faldas y tocados de plumas, empuñando arcos y flechas<sup>105</sup>.

En estas ocasiones la fuerza del estereotipo –o sea, del modelo iconográfico previamente fijado en la retina del público europeo– es superior a cualquier atisbo de realismo, como bien se observa en los figurines de Ludovico Ottavio Burnacini para cierta máscara (Wirtschaft) que recorrió las calles de Viena en 1670. Véase la suntuosidad y barroquismo de esta pareja de indios [imagen 21].



Imagen 21: L. O. Burnacini, Figurines de una pareja de indios (1670). Viena, Österreichisches Theatermuseum.

Casi otro tanto podría decirse de la semiópera inglesa *The Indian Queen* (1695), con música de Henry Purcell, o de la ópera-ballet *Les Indes galantes* (1735), con música de Jean-Philippe Rameau. A nuestros efectos interesa más el caso de *La finta pazza* ('La loca fingida'), de 1641, ópera de Francesco Saccati sobre un libreto de Giulio Strozzi, que se representó en París el 14 de diciembre de 1645 ante el joven Luis XIV. Contó para la ocasión con varios *ballets* o divertimentos en los entreactos creados por el coreógrafo Giovan Battista Balbi. Uno de ellos es cierto "*ballet de indios*" del cual se conservan seis dibujos de época. En el primero de la serie vemos a ocho indios danzantes

<sup>105</sup> Zugasti, *La alegoría de América*, pp. 19-51; Hernández Araico, "El código festivo renacentista".

que visten faldas y penachos emplumados, con parasoles, panderetas y sonajas en manos y brazos [imagen 22]. ¿De verdad usaban los aborígenes americanos estos parasoles y esas ridículas faldas de plumas? Es evidente que no, y que el coreógrafo Balbi priorizó el efecto estético de la danza sobre cualquier pretensión realista. Pienso que, directa o indirectamente, la influencia provino del figurinista Christoph Weiditz, quien estuvo en Toledo en 1529, donde conoció y retrató a Hernán Cortés y a los indígenas que llevó consigo a España para mostrárselos al emperador Carlos V. Weiditz dibujó un famoso libro de trajes típicos (*Die Trachtenbuch*) con 154 ilustraciones, entre las cuales aparecen algunos indios: en especial veamos la número 4, donde un supuesto mexica viste falda de plumas y sujeta un parasol en la mano y hombro izquierdos y un loro en la mano derecha [imagen 23]. El resto de los dibujos del *ballet* para *La finta pazza* muestran a los ocho danzantes moviéndose al son de un tamborín, una típica danza de espadas y tres pasos de baile en combinación con loros [imágenes 24, 25, 26, 27 y 28].

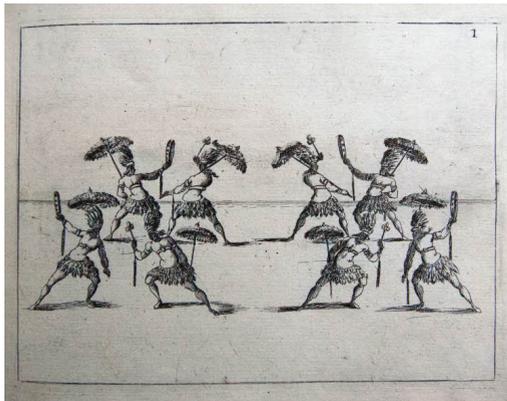
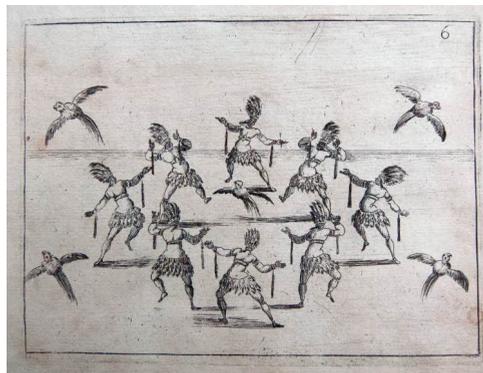
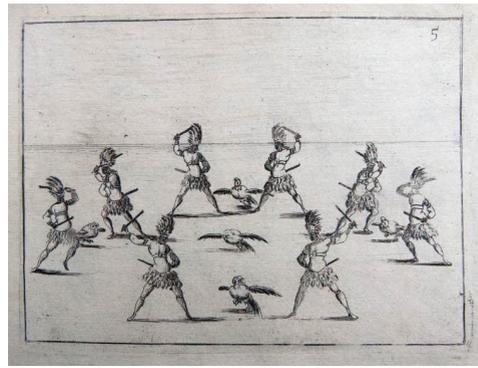
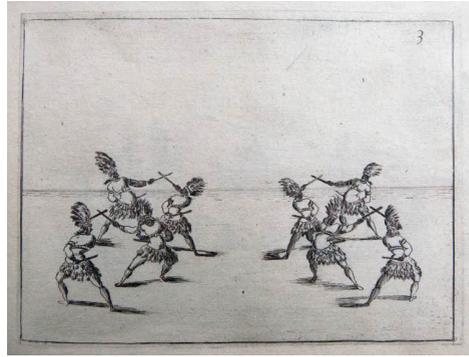
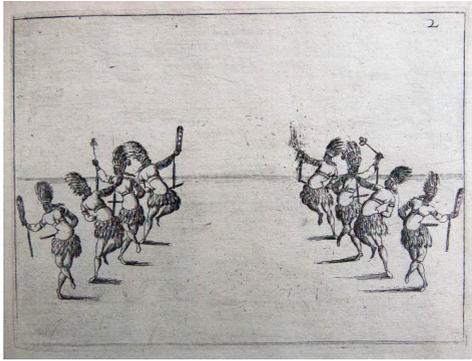


Imagen 22: *La finta pazza* (París-1645): Ballet de indios, dibujo 1. British Museum.

Imagen 23: Christoph Weiditz, *Die Trachtenbuch* (h. 1529), p. 4.

LA DANZA, MITOTE, TOCOTÍN O MÁSCARA



Imágenes 24-28: *La finta pazza* (París-1645): Ballet de indios, dibujos 2-6.  
British Museum.

Si redirigimos nuestra mirada hacia las imágenes 22 y 23, cabe suponer incluso que tales parasoles inspiraron a algunos grabadores del famoso relato de aventuras de Robinson Crusoe [imágenes 29 y 30], y que eran parecidos a los que sí se usaban en la danza de Moctezuma en el s. XVIII [imagen 31].



Imágenes 29 y 30: Grabados de dos ediciones distintas de *Robinson Crusoe*  
 Imagen 31: Detalle de la Danza de Moctezuma, Joaquín Antonio de Basarás, 1763.  
 New York, Hispanic Society of America.

## Conclusiones

Los primeros españoles que llegaron a México contemplaron varias danzas rituales de los indios que, asociadas a los ritos sacrificiales, les causaron enorme pavor y rechazo (Bernal Díaz del Castillo). Eran danzas multitudinarias –algunas de ellas en corro o en rueda– que delataban su origen astral, pues giraban como el dios Sol<sup>106</sup>. Los textos tempranos del siglo XVI las llaman por igual danzas, bailes, areitos (voz importada del idioma taíno que se extendió a todo el continente), mitotes o tocotines. Los misioneros, observando el gusto de los indígenas por estas danzas, y fascinados por su espectacularidad, decidieron adaptarlas al ámbito católico y servirse de

<sup>106</sup> Llano y De Clerck, *Danses indiennes du Mexique*, p. 25.

ellas en su tarea evangelizadora. Parece que ya hubo mitotes en una procesión guadalupana de 1531, y en el *Diario de Juan Bautista* se habla de danzas indígenas en otra fiesta mariana de 1566, situación que se repetirá en dicho contexto en el siglo XVII, según testimonio de Becerra Tanco. No faltaron voces discrepantes de tal proceso de transculturación, como por ejemplo fray Juan de Zumárraga, quien repudió la presencia de estos bailes indígenas en las fiestas del Corpus Christi. Asimismo, el primer Concilio Mexicano (1555) prohibió servirse de cantares e historias antiguas de los indios sin ser examinados antes por religiosos con dominio de las lenguas aborígenes. Con todo, seguían haciéndose una y otra vez, hasta que el tercer Concilio Mexicano (1585) determinó sacar “las danzas, bailes, representaciones y cantos profanos” del interior de las iglesias, con este interesante matiz: “Pero si hubiere de representarse alguna historia sagrada u otras cosas santas y útiles al alma, o cantarse algunos devotos himnos, preséntense un mes antes al obispo para que sea examinado y aprobado por él”<sup>107</sup>. Interesante táctica mediante la cual se abrían las puertas para que los misioneros siguieran valiéndose de estos cantos y bailes, aunque debidamente cristianizados y reconducidos a su labor doctrinal. José de Acosta (1590) es un firme defensor de su uso con fines misionales:

No es bien quitárselas [las danzas] a los indios, sino procurar no se mezcle superstición alguna. En Tepotzotlán, que es un pueblo siete leguas de México, vi hacer el baile o *mitote* que he dicho en el patio de la iglesia, y me pareció bien ocupar y entretener los indios días de fiestas, pues tienen necesidad de alguna recreación; y en aquella que es pública y sin perjuicio de nadie, hay menos inconvenientes que en otras que podrían hacer a sus solas, si les quitasen estas. Y, generalmente, es digno de admitir que lo que se pudiere dejar a los indios de sus costumbres y usos (no habiendo mezcla de sus errores antiguos) es bien dejarlo y, conforme al consejo de san

107 García Icazbalceta, “Introducción” a su edición de los *Coloquios* de González de Eslava, pp. XXVII-XXIX.

Gregorio Papa, procurar que sus fiestas y regocijos se encaminen al honor de Dios y de los santos cuyas fiestas celebran<sup>108</sup>.

Esta fue la postura oficial que adoptó la Iglesia Católica. Ya hemos visto cómo Pérez de Rivas (1645) recalca que, a pesar su origen gentil, se ha reconducido hacia una fiesta cristiana. Incluso un clérigo con fama de severo como Juan de Palafox aprueba su uso: “No se entiendan prohibidas las danzas de espadas o palos, o los bailes o tocotines de los indios, y otros regocijos honestos y naturales y que expliquen una modesta y cristiana alegría y gozo”<sup>109</sup>.

Si el mitote o tocotín es característico de los grupos indígenas, no tardará mucho en ser imitado por los grupos de españoles y criollos, que lo insertan en sofisticadas máscaras e invenciones callejeras, exportándolo también a España (primera referencia en 1571). La esencia del mitote consiste en recrear en clave dancística y teatral el encuentro entre Moctezuma y Hernán Cortés; se trata de una mini representación de la conquista donde el emperador mexica recibe el acatamiento y homenaje de su pueblo. A partir del siglo XVII el mitote empieza a literaturizarse, con apertura a otros temas y contextos (Saavedra Guzmán), incrustándose con cierta frecuencia en piezas teatrales varias (loas, comedias, autos). Es aquí donde quizás podamos aventurar un matiz distintivo entre los términos mitote y tocotín, pues si el primero es puro canto (sin texto conocido) y danza, el segundo sí posee un texto en versos cortos –por lo general hexasílabos– con rima asonante y de contenido homogéneo: “Bailad, mexicanos, / suene el tocotín...”, “Venid, americanos, / venid corriendo...”, “Venid, mexicanos, / cantad y aplaudid...”, etc. Los textos pueden ser en español, en náhuatl o en un mixto de ambos idiomas.

Casi todo lo que sabemos de los mitotes proviene de noticias aportadas por cronistas y misioneros (la oficialidad), pero sin duda hubo muchos otros más espontáneos o populares de los que apenas quedan atisbos; Pérez de Rivas los llama “mitotes ordinarios”, pro-

108 Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, lib. VI, cap. 28, p. 229.

109 Palafox, *Exhortatoria a los curas y beneficiados de la Puebla de los Ángeles* (VIII, 23), en *Tratados mejicanos*, vol. I, p. 111.

pios de “macehuales” (‘vasallos, trabajadores humildes’), y los considera “vulgares” y carentes de “aparato y ceremonias”.

Durante el siglo XVIII siguieron proliferando las danzas y tocotines por la geografía mexicana, extendiéndose por tierras de Guatemala, Panamá, etc. Una variante muy generalizada en esta centuria fue la llamada *danza de la pluma*, la cual en muchas ocasiones incorpora al baile un largo texto dramático que versa sobre el encuentro Moctezuma-Cortés y la conquista de México. Por esta razón recibe otras denominaciones como danza de la conquista, de la Malinche, de los concheros, de chichimecos (o su apócope ‘me-cos’), de Moctezuma, de Santiagos, de moros y cristianos... Aun sin ser todas ellas la misma cosa, es difícil marcar límites diáfanos entre unas y otras.

El tocotín se exportó a España en pleno siglo XVI. Thomas Gage apunta en vago que ciertos españoles que habían vivido en Indias “lo bailaron ante el rey de España en la corte de Madrid para mostrar al rey algunas costumbres de los indios; se comentó que al rey le había gustado mucho”<sup>110</sup>. En todos los casos registrados se pone especial énfasis en la victoria de Hernán Cortés sobre los mexicas. Se creó al efecto la llamada *danza de la prisión de Moctezuma* donde, con estilizadas mudanzas, se resumía todo el proceso de la conquista en unos pocos pasos de baile.

---

110 Gage, *Viajes por la Nueva España y Guatemala*, cap. 19, p. 355.

## Bibliografía

- Acosta, Josef de, *Historia natural y moral de las Indias*, ed. F. del Pino, Madrid, CSIC, 2008.
- Actas de Cabildo de los siglos XVI y XVII de la muy noble y muy leal ciudad de la Puebla de los Ángeles*, Puebla, Archivo Municipal, 1996, CDRom.
- Libro del cabildo e ayuntamiento de México*, México, sin año [libro 6].
- Actas de cabildo*, México, Aguilar e Hijos, 1898 [libro 12].
- Actas de cabildo*, México, Aguilar e Hijos, 1899 [libro 14].
- Actas de cabildo*, México, Aguilar e Hijos, 1900 [libro 15].
- Actas de cabildo*, México, Imprenta Central, 1901 [libro 17].
- Actas de cabildo*, México, Imprenta de El Correo Español, 1907 [libro 25].
- Actas de cabildo*, México, Imprenta de A. Carranza e Hijos, 1910 [libros 32-33].
- Agulló y Cobo, Mercedes, “*Cornejos y Peris en el Madrid de los Siglos de Oro*. (Alquiladores de trajes para representaciones teatrales)”, en *Cuatro siglos de teatro en Madrid*, eds. A. Peláez Martín y F. Anduara Varela, Madrid, Consorcio Madrid Capital Europea de Cultura, 1992, pp. 181-200.
- Ajofrín, Francisco de, *Diario del viaje a la Nueva España*, ed. H. Moreno García, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.
- Alenda y Mira, Jenaro, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903, 2 vols.
- Alonso Asenjo, Julio, “*No se podía baser más*: Relaciones de las fiestas por la canonización de Ignacio de Loyola y Francisco Javier en México (1622) y Puebla (1623). Texto crítico, paleográfico y anotado”, *Teatresco*, 2, 2007, pp. 1-84.
- Anónimo, *Festivo aparato con que la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús celebró en esta imperial corte de la América septentrional los inmarcesibles lauros y glorias inmortales de S. Francisco de Borja*, México, Juan Ruiz, 1672.
- Aracil, Beatriz, “*La Danza de la conquista en México: ¿recreación o reelaboración de la historia?*”, en *Théâtre et Histoire / Teatro e Historia. La conquête du Mexique et ses représentations dans le théâtre mexicain moderne*, ed. D. Meyran, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan, 1999, pp. 73-101.
- Aranda Doncel, Juan, “*Las danzas de las fiestas del Corpus en Córdoba*”

- durante los siglos XVI y XVII. Aspectos folklóricos, económicos y sociales”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 98, 1978, pp. 173-194.
- Bramón, Francisco, *Los sirgueros de la Virgen sin original pecado*, ed. T. Barrera, Madrid, Iberoamericana, 2013.
- Castañeda de la Paz, María, *Verdades y mentiras en torno a don Diego de Mendoza Austria Moctezuma*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2017.
- Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, ed. A. Millares Carlo, Madrid, Atlas (BAE 244-245), 1971, 2 vols.
- Chimalpáhin, Domingo, *Diario*, ed. y trad. R. Tena Martínez, México, Conaculta, 2001.
- Ciudad Real, Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, eds. J. García Quintana y V. M. Castillo Farreras, México, UNAM, 1993, 2 vols.
- Cuevas, Mariano, *Historia de la Iglesia en México*, vol. I, Tlalpam, Patricio Sanz, 1921.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. G. Serés, Madrid, Real Academia Española, 2011.
- Durán, Diego, *Libro de los ritos*, ed. P. Vargas Montes, México, El Colegio de México, 2018.
- Fernández de Castro, Gaspar, *Relación ajustada, diseño breve y montea sucinta de los festivos aplausos con que desahogó pequeña parte de los inmensos júbilos de su pecho en la regocijada nueva del feliz nacimiento de nuestro deseado príncipe don Felipe Próspero*, México, Juan Ruiz, 1658.
- Fiallega, Cristina (coord.), *Historia del teatro guadalupano a través de sus textos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2012.
- Flores, Enrique, “Sor Juana y los indios: loas y tocotines”, *Literatura Mexicana*, 18-2, 2007, pp. 39-77.
- Framiñán de Miguel, María Jesús, *El espectáculo dramático-festivo del Corpus en la Salamanca del Renacimiento*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2015.
- Gage, Thomas, *Viajes por la Nueva España y Guatemala*, ed. D. Tejera, Madrid, Historia 16, 1987.
- García García, Bernardo J., “Máscaras en el vestuario de representación (1561-1606). Hatos de comediantes, contratación de fiestas y alquiler

- de accesorios”, en *Máscaras y juegos de identidad en el teatro español del Siglo de Oro*, ed. M. L. Lobato, Madrid, Visor, 2011, pp. 37-57.
- García Icazbalceta, Joaquín, “Introducción”, en González de Eslava, *Coloquios espirituales*, México, Antigua Librería, 1877, pp. I-XXXVII.
- Gil Ramírez, Joseph, *Esfera mexicana, solemne aclamación y festivo movimiento de los cielos, delineado en los leales aplausos que al feliz nacimiento del serenísimo señor infante Filipe Pedro [...] consagró [...] la muy noble y muy leal Ciudad de México*, México, Viuda de Miguel de Ribera, en el Empedradillo, 1714.
- Guijo, Gregorio Martín de, *Diario (1648-1664)*, ed. M. Romero de Terremos, México, Porrúa, 1986, 2 vols.
- Gutiérrez de Medina, Cristóbal, *Viaje de tierra y mar, feliz por mar y tierra, que hizo el excellentísimo señor Marqués de Villena*, México, Juan Ruiz, 1640.
- Hernández Araico, Susana, “El código festivo renacentista barroco y las loas sacramentales de Sor Juana: des/re/construcción del mundo europeo”, en Y. Campbell (ed.), *El escritor y la escena*, II, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1994, pp. 75-93.
- Jáuregui, Jesús, y Carlo Bonfiglioli, *Las danzas de conquista*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Jiménez de Bonilla, Joaquín Ignacio *et alii*, *El segundo quince de enero de la corte mexicana. Solemnes fiestas que a la canonización del místico doctor San Juan de la Cruz celebró la Provincia de San Alberto de carmelitas descalzos de esta Nueva España*, México, Joseph Bernardo de Hogal, 1730.
- Johansson K., Patrick, “Sor Juana Inés de la Cruz: cláusulas tiernas del mexicano lenguaje”, *Literatura Mexicana*, 6-2, 1995, 459-478.
- Johnson, Harvey L., “Noticias dadas por Tomás Gage, a propósito del teatro en España, México y Guatemala (1624-1637)”, *Revista Iberoamericana*, 8-16, 1944, pp. 257-273.
- Johnson, Harvey L., “El primer siglo del teatro en Puebla de los Ángeles y la oposición del obispo don Juan de Palafox y Mendoza”, *Revista Iberoamericana*, 10-20, 1946, pp. 295-339.
- Llano, Enrique y Marcel De Clerck, *Danses indiennes du Mexique*, Bruxe-

- Iles, Marcel Hayez, 1939.
- López de Gómara, Francisco, *Historia de la conquista de México*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2077.
- Matos Montezuma, Eduardo, “La danza de *Los Montezumas*”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 18, 1967, pp. 71-92.
- Méndez Plancarte, Alfonso, *Poetas novohispanos. Primer siglo (1521-1621)*, México, UNAM, 1991.
- Mendoza, Vicente T., “La Danza de la Conquista”, *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*, IV, 1943, pp. 155-186.
- Momprade, Electra L. y Tonatiúh Gutiérrez, *Danzas y bailes populares*, en *Historia general del arte mexicano*, vol. VI, México, Hermes, 1976.
- Motolinía, Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. M. Serna y B. Castany, Madrid, Real Academia Española, 2014.
- Orozco y Berra, Manuel, *Noticia histórica de la conjuración del marqués del Valle. Años de 1565-1568. Formada en vista de nuevos documentos originales y seguida de un extracto de los mismos documentos*, México, Edición del Universal, 1853.
- Padilla Zimbrón, Edith, “*Vida de san Ignacio de Loyola*”: transcripción paleográfica, estudio introductorio y notas, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1993. [Tesis de licenciatura].
- Palafox y Mendoza, Juan de, *Tratados mejicanos*, ed. F. Sánchez-Castañer, Madrid, Atlas (BAE 217-218), 1968, 2 vols.
- Pérez de Rivas, Andrés, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre las gentes más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*, Madrid, Alonso de Paredes, 1645.
- Robles, Antonio de, *Diario de sucesos notables*, ed. A. Castro Leal, México, Porrúa, 1972, 3 vols.
- Rodríguez Hernández, Dalmacio, *Texto y fiesta en la literatura novohispana (1650-1700)*, México, UNAM, 1998.
- Rodríguez Hernández, Dalmacio, “Procedimientos retórico-emblemáticos en el *Certamen académico* por la canonización de san Juan de la Cruz”, en M. Zugasti y J. Cuñado (eds.), *Fiesta y teatro en el Siglo de Oro: ámbito hispánico*, Toulouse, Presses Universitaires du Midi, 2019, pp. 241-261.
- Saavedra Guzmán, Antonio de, *El peregrino indiano*, ed. M. J. Rodilla León,

- Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2008.
- Sainz Bariáin, Isabel, *Poder, fasto y teatro: la "Comedia de san Francisco de Borja" (1640), de Matías de Bocanegra, en su contexto festivo*, Alicante, Universidad-Cuadernos de *América sin Nombre*, 2017.
- Sanchis Amat, Víctor Manuel, *Francisco Cervantes de Salazar: un humanista en la Nueva España del siglo XVI*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2016.
- Saz, Agustín del, *Panamá y la zona del Canal*, Barcelona, Seix Barral, 1944.
- Sentaurens, Jean, *Seville et le théâtre. De la fin du Moyen Âge a la fin du XVII<sup>e</sup> siècle*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 1984, 2 vols.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de, *Glorias de Querétaro en la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe*, México, Viuda de Bernardo Calderón, 1680.
- Sommer-Mathis, Andrea, *et alii*, *El teatro descubre América. Fiestas y teatro en la Casa de Austria (1492-1700)*, Madrid, Fundación Mapfre, 1992.
- Suárez de Peralta, Juan, *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista*, ed. G. Perissinotto, Madrid, Alianza, 1990.
- Sten, María, *Vida y muerte del teatro náhuatl. El Olimpo sin Prometeo*, México, SepSetentas, 1974.
- Valle-Arizpe, Artemio, *Virreyes y virreinas de la Nueva España. Tradiciones, leyendas y sucesidos del México virreinal*, México, Porrúa, 2000.
- Valle Pérez, Perla, "La lámina VIII del Códice de Tlatelolco. Una propuesta de lectura", *Dimensión antropológica*, 2, 1994, pp. 7-19.
- Vargas Montes, Paloma, "Introducción", a Diego Durán, *Libro de los ritos*, México, El Colegio de México, 2018, pp. 13-92.
- Velázquez, María del Carmen, *Documentos para la historia de México en colecciones austriacas*, México, Instituto de Estudios y Documentos Históricos-Claustro de Sor Juana, 1981, 2ª edición.
- Warman Gryj, Arturo, *La danza de moros y cristianos*, México, Secretaría de Educación Pública, SepSetentas, 1972.
- Zugasti, Miguel, *La alegoría de América en el barroco hispánico: del arte efímero al teatro*, Valencia, Pre-Textos, 2005.
- Zugasti, Miguel, "América en el teatro español del Siglo de Oro: repertorio de textos", *Cuadernos de Teatro Clásico*, 30, 2014, pp. 371-410.
- Zugasti, Miguel, "La Danza de la conquista de Cuilápam (Valle de Oaxaca), restos de un manuscrito perdido", *Romance Notes*, 59-1, 2019, pp. 131-149.